C. Delavigne, tr. p. [illegible]

El Paria.

EL PÁRIA,

TRAJEDIA EN CINCO ACTOS Y EN VERSO,

ESCRITA EN FRANCES

POR

Casimir Delavigne

Y TRADUCIDA LIBREMENTE AL CASTELLANO

por D. J. G. de V.



Madrid: 1838.

IMPRENTA DE LOS HIJOS DE DOÑA CATALINA PIÑUELA,

calle del Amor de Dios, núm. 7.

INTERLOCUTORES.

AKEBAR . Sumo sacerdote y cabeza de la tribu de los bramas.

IDAMOR... Caudillo de la tribu de los guerreros.

ZARES..... Padre de Idamor.

ÁLVARO.. Portugues.

EMPSAEL. Brama.

NEALIA... Hija de Akebar.

ZAIDA... / MIRZA.. } Sacerdotisas jóvenes.

BRAMAS. SACERDOTISAS. GUERREROS. PUEBLO.



La escena pasa en un bosque sagrado cerca de Benarés.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

IDAMOR. ÁLVARO.

Alvar. ¿ Mientras reposa el mundo en las tinieblas,
Tan solo tú, Idamor, huyes el sueño
Y á este lóbrego bosque te encaminas
Fuera de Benarés? Pero de un templo
Las formas á la luna se descubren;
Del Dios del Indostan la imájen pienso
Ver perfilada en él... ¿ A dónde estamos?
¿ Por qué vacilas y con paso incierto
Cruzas el bosque consagrado á Brama?

Idam. Ya comienza la aurora y aun no veo
A la hermosa Nealia.

Alvar. ¡ Dios piadoso!
¿ Nealia osas decir? ¿ y qué portento,
Qué causa sobrehumana á tí trajera
La hija de Akebar, la del austero
Y augusto sacerdote?

Idam. Sí, á esa hija
De una celestial rama fruto tierno,
Á quien la sombra del altar oculta;
Á la que solo brilla cuando al cielo
Las mas solemnes preces se dirijen;
Á la que enlaza místico himeneo
Con el divino Ganjes... á esa adoro.

Alvar. ¿ Qué escucho?

Idam. Sí, la adoro y mi amor ciego
Á su esposo celeste la disputa.
Á este santo recinto por mis ruegos
Me permite acudir; y antes que entone
Con piadoso fervor himnos el pueblo
Saludando la luz del sol naciente

*

Á mi vista vendrá. Si el alma, empero,
Supo entender al alma de Nealia;
Si los ojos infieles no me fueron
Leyendo el color triste de sus flores
Desventuras no mas á escuchar vengo.
Álvaro, á mi fortuna sin tu venia
Con nuevos sobresaltos hoy te estrecho;
Perdona. — En estos climas ¿quién osára
Á no ser un cristiano mis intentos
Y mi amor protejer? Tú, que nacido
En la márjen del Tajo al yugo fiero
Y á los dogmas de Brama no te inclinas;
Tú contemplar podrás sin sacrilejio
Como infiel á sus dioses una vírjen
Prefiere al que vencer supo por ellos.

Alvar. Duda de tus victorias; los clamores
Que alzar por tí pudieran los guerreros
Frájil defensa son contra el encono
De implacables ministros del Eterno.
Yo lo puedo afirmar; yo que á mi patria
Gané laureles y á mi Dios trofeos
Solo por un error despertar pude
La tenebrosa ira de un cruento
Bárbaro tribunal. ¡Ah! Desde entonces
Me castigó con su anatema el cielo;
El agua bautismal secó en mi frente;
Del divino festin con vituperio
Lanzado por los hombres, ví cerrarse
Las puertas de la gracia, en el destierro;
Atribulado, errante, yo pedia
Limosna por mi Dios; mas á mi acento
Hasta el pan de piedad todos negaban.
¡Ah! —¿Qué iba á ser de mí? —Por aquel tiempo
Sabio Vasco de Gama y valeroso
Conquistó á su nacion mas ancho imperio;
Y los ricos tributos que Golconda
Atesoraba en su radiante seno
Con alegre ilusion ya repartian
Surcando el Occeano sus guerreros.
Almeida, el capitan, vió mi infortunio

Y me ocultó en su nave. "Á Dios amenos
Campos de Lusitania," yo esclamaba
Mis ayes dando á los volubles vientos...
Pero dobla la escuadra el alto cabo;
Y aunque llamó *esperanza* al trono inmenso
Á donde reinan crudas tempestades
Mi *esperanza* trocóse en cautiverio;
Tu amistad puerto fué de mis desdichas
Y tu mano, Idamor, rompió mis hierros.
Toma en cambio esta vida turbulenta
Que arrancó el hado del hogar paterno;
Tuyo será el esclavo á quien libraste
El desterrado del nativo suelo.

Idam. El destino nos junta para amarnos,
Para sufrir, quizá, de los estremos
Mas remotos del mundo: un error tuyo
Perdonar los cristianos no supieron;
Siempre es el mismo el hombre; tus dolores
Son los dolores mios. Aqui mesmo
Del Ganjes en la orilla hay una raza
Cubierta de baldon, en que estranjeros
Viven los hombres en sus propios valles.
Sin amparo, ni amor, ni santos templos,
Jimen los Párias y á su vista solo
De horror se llena el indignado pueblo.
Con despecho su luz el sol les presta;
La tierra los mantiene con despecho,
Que Dios los separó de entre los hombres
Al flotar de su mano el universo.
Huye el Indio la nítida corriente
Que á un Pária retrató; huye su acento
Y el fruto de los árboles que toca
Y el aire que respira; ó si el desierto
La imájen de algun Pária le presenta
Nueve abluciones cumple, porque el sello
De la mirada impura se disipe.
Es la sangre del Pária inmundo cieno:
Sus horas y sus dias mas odiosos
Que los de aquel reptil que enjendra el fuego
Celestial en el fango de los rios.

Si al amor de algun Pária con afecto
Una vírjen Indiana respondiese
¿Qué penas bastarian, qué tormentos,
Qué infamia sin igual para humillarla?
Muerta para su tribu, como ejemplo
De horror y maldicion su airado padre
La arrojára al esposo.... Álvaro—tiemblo;
Tal vez huirás de mí—hasta hoy mi amigo
De hoy mas no lo serás... Osado huello
El bosque del gran Brama, yo proscripto,
Yo á quien maldijo el Hacedor Supremo;
Yo que soy Pária...

Alvar. ¡Tú!

Idam. Mas si este nombre
El baldon soportára por sus hechos;
Si heredase al nacer tantas desgracias,
Lleváralas en paz. Yo no me quejo
De tu justicia, ó Dios; pero á los hombres,
Á los que afirman ser de Brama electos
Yo probaré su orgullo y su impostura.
Con infalible ciencia los misterios
Interpretan de Dios Su tribu dicen
Que de la frente el Hacedor Eterno
Sacó para reinar sobre la tierra
Por la fuerza y virtud del pensamiento;
La tribu militar nació en sus brazos
Y lo prueba en las lides con su acero;
Mas en la hora de ira formó al Pária
Del polvo de sus pies... ¡Con qué respeto
Escuchaba yo niño el falso dogma!
Pero á mi corazon altivo inquieto
Las florestas de Orixa al fin cansaron;
Sus árboles, sus rocas y sus cerros
Fatigaban mi vista; y en las cimas
De soberbias montañas, con anhelo
Devoraban mis ojos el espacio
Que circuía el horizonte estenso.
Fabulosas pinturas de ciudades,
Me trazaba mi padre en dulces cuentos;
Su pompa y su grandeza ver creía;

Sus delicias gozaba en mis ensueños;
Y ardía en el afan de ver yo mismo
Los felices mortales que vinieron
Reyes ó semidioses á la vida.
¡Oh Zares, padre mio! ¡Cuán acerbo
No fué tu despertar aquella aurora
En que miraste con sorpresa el lecho
A do faltaba de tu amor el hijo!
Alvar. ¿Y así le abandonaste?
Idam. Fué el primero,
Fué el crímen solo que enjendró mis males.
Sumerjido á Zares dejé en el sueño;
Partí hácia Balassor sin otra guía
Que la huella del pié de los viajeros.
Impetuoso, audaz, en mi delirio
Buscaba de los tigres el encuentro
Y con sus duras pieles me cubría
Porque el ropaje vil de mis abuelos
No me cerrára el paso á las ciudades.
Del clarin belicoso al rudo estruendo
Mi pecho palpitó la vez primera
Que me acerqué á sus muros; con suspensos
Sentidos yo le escucho y me parece
Que de la trompa el militar acento
Era ya familiar á mis oidos,
Dulce á mi corazon, grato á mi esfuerzo.
De relucientes armas y estandartes
Cubrióse la llanura; yo contemplo
Absorto aquellas tribus envidiadas;
Mas en las frentes pálidas no encuentro
De sus varones ni una marca sola
Del celestial oríjen que finjieron.
¡Ah! pueril esperanza! Solo encubren,
Bajo el fúljido casco, el escarmiento
De la vejez procaz, hija del vicio
Ó de los surcos por el llanto abiertos;
Entes, cuya molicie desmentía
La fiera luz del tachonado peto.
Yo juré subyugar tales fantasmas
Y he cumplido mi voto. Cien trofeos

Gané para sus guerras, prodigando
En su favor la vida que avarientos
Nunca osan arriesgar en las batallas.
Con sangre de mis venas los aceros
Teñí yo de las tártaras saetas;
Cien combates gané y en el postrero
Su jefe me aclamaron cuando fuiste
Mi prisionero tú. Con mis esfuerzos
Rescaté á Benarés; que yo anhelaba
Ver la santa ciudad y partir luego
Á buscar á mi padre en las florestas.
¡Insensato de mí! Que el leve incienso
De un pueblo adulador; las nuevas voces
De patria y de placer; los instrumentos
Y maravillas mil de cultas artes,
El humo de los ricos pebeteros,
Las turbas de hermosísimas mujeres,
Y sus caricias y lascivos juegos
De languidez el alma me inundaron.
Pero Nealia vino y á su aspecto
Si varonil fiereza aun me quedaba
Disipóse cual humo. Doblé el cuello
Al ver una deidad; y á pesar mio,
La altiva frente prosterné en el suelo.

Alvar. No olvidaré ese instante: Los laureles
Del templo de Crisná luego ciñeron
Á tu frente sus manos; hermosura
Igual nunca lució; nunca embeleso
Á su inocencia igual; así algun dia
De una virjen cristiana bendijeron
Los labios mis banderas.

Idam. Yo la adoro.
Ya conocí ese hechizo placentero
Que así el alma devora de un soldado...
La ternura, las iras, los deseos,
Los temores que amor torna en delicias.
¿Cómo acudir al paternal recuerdo?
¡Impotente razon! leyes, virtudes,
¿Qué pretendeis de mí?—Con mi desvelo
Cerca del Santuario hallé á Nealia

En el bosque de espesos limoneros,
Donde fluyen al par contrarios rios
Sus diáfanos raudales confundiendo.
Le pinté los tormentos de mi alma
Con la elocuencia de un amor sincero;
Mi voz encontró gracia en sus oidos;
Sus entreabiertos labios en silencio
Volvieron á cerrarse; ¡ah! mi Nealia
Al fin me amó tambien y ora sintiendo
Compasion, ora enojo, me reprende;
Mas de su esposo el místico himeneo
Olvida por un hombre y veloz huye
Á ocultar en las aras su secreto.
Si conociera de mi sangre impura
El vergonzoso oríjen, su desprecio
Cayera sobre mí. ¡Ah! ¡Cuántas veces
Del corazon á la falacia ajeno
Pugnaba por salir la verdad triste;
Pero el nombre de Pária tan horrendo
Sonaba en sus oidos que la sangre
De la mejilla huía. Yo no temo
Próximas desventuras, mas imploro
De tu amistad las luces y el consuelo.
Necesito un amigo y solo eres...
¡Ah! ¿qué escucho? ¿Quién viene?... Es ella ¡cielos!
Al través de las sombras del follaje
¿No ves flotar el consagrado velo?
Si algun Brama, oh amigo, aquí se acerca
Sin vacilar desnuda el duro hierro,
Hazle volver al punto á su morada,
En paz quede si calla; si habla, muerto.

ESCENA II.

IDAMOR. NEALIA.

Nealia. Habla, Idamor: ¿Quién es?
Idam. ¿Tiemblas, Nealia?
Depon el miedo ya.
Nealia. ¡Dioses!
Idam. ¿Qué temes?

Nealia. ¿Y he cruzado estas sombras espantosas?
¿A dónde estoy? Idamor — Conmigo viene —
Idam. Tú este bosque elejiste.
Nealia. ¡Yo profana!
¿Y contra mí tu cólera detienes
Oh deidad de este bosque formidable?
De tu recinto huiré. — ¿Dónde á las jentes
Ocultar mi rubor y mi amargura?
Idam. Cuando mi brazo, Nealia, te proteje,
No temas amor mio.
Nealia. Luctuosos
Presajios me persiguen. Los dinteles
Al escapar del templo paso apenas
Cuando en el alto trípode se enciende
Trémula funeral siniestra llama,
Mi pecho hirió el horror... que acaso puede
Bajar un sacerdote... si mi padre...
Idam. Todos reposan. Nealia al pecho vuelve
la quietud.
Nealia. ¿Y reposan esos dioses
Que abandono por tí? ¿Su voz solemne
No les prestaba el viento murmurando
Sobre las hojas con acento leve?
Y las ramas ¿al par no me acusaban
Deteniendo mi velo? ¿y tú no sientes
La sentencia de Dios que herir amaga
De la sacerdotisa la impía frente?
Idam. Vuelve, Nealia, vuelve á tus altares,
Llévales tu terror y al cielo ofrece
Con mi fé y mis suspiros desdeñados
El sacrificio de mi amor ardiente.
Sobre mí caiga solo su sentencia;
Y al esposo que lloras Nealia vuelve;
Su amor místico y santo, te acaricie:
Se dichosa, Nealia.
Nealia. A tí te ofende
Mi turbacion... Y es justo sí, amor mio,
Cerca de tí no temo; mas si débil
Tanto no fuera yo ¿cómo podría
Mi fé, mi amor, mi vida así ofrecerte?

¿Cómo por responder á tu cariño
Violar del cielo las supremas leyes?
Su indignacion por eso me persigue:
Ya el éstasis divino que enaltece
Al alma pura cuando en fé se abrasa;
Ya la inefable paz que el alma siente;
Porque mal combatí me abandonáron.
No me quejo amor mio. Esos deleites
Libre cambié por la ventura amarga
Que emponzoña el temor. Si alcanzo á verte,
Si te escucho ó te hablo soy dichosa
Hoy por última vez.

Idam. ¡Mísera suerte!
¿Por última vez hoy? Acaba, Nealia.
¿Quién á romper los vínculos se atreve
Que formára el amor?

Nealia. Aquella mano
Que protejió mi infancia...

Idam. ¡Y que hoy pretende
Herir tu corazon al par del mio!
Solo el gran sacerdote....

Nealia. Y él lo puede
Que es mi padre ademas... Yo tributaba
En la hora del Ocaso santas preces
A las aguas del Gaujes, y tu nombre
Con liviano abandono dulcemente
Mezclar solía á la oracion devota,
Cuando á mi vista súbito aparece
El sumo sacerdote; sorprendida
Temí un instante que en mi propia mente
Leyera nuestro amor. "Nealia; dijo
»Del Ganjes un oráculo me advierte
»Que antes que en sus altares fé le jures
»Los simbólicos lazos rotos queden;
»Al himeneo de un mortal felice
»El benéfico númen te concede;
»Trocáras por un hombre el santo asilo,
»Mansion de la virtud y amor celeste.
»Piadosa acoje al destinado esposo
»Que por mi voz los cielos hoy te ofrecen."

Idam. ¡Y en mi orgullo mezquino y en mi audacia
Rivalizar á un Dios omnipotente
Poco me parecia! ¿Y ahora á un hombre,
Á un mísero mortal con brazo inerte
Despojarme veré de mi ventura!
Ya Nealia á mi amor no perteneces:
¡Me abandonas, Nealia! si algun dia
En un inmundo harem suspirar tienes...
¿Y quién ese mortal? ¿Es Soberano,
Sacerdote tal vez... De su projenie
¡Cuánto no habrá ostentado la escelencia!
Pero ¿á dónde se oculta? ¿qué paredes
Le guardan ó de templo ó de palacio?

Nealia. Yo lo ignoro, Idamor: triste, paciente
Y temerosa escucho yo á mi padre
Y no osó preguntar.

Idam. A mí compete
Desvanecer, Nealia, la tormenta
Que amaga nuestra dicha. ¿A do inclemente
Se oculta el Semi-Dios? La especie humana,
Ó el dolor de los hombres no merecen
Mas que desprecio á su severa vista;
El brillo le deslumbra resplendente
De la propia diadema; y en sí mismo
Con fanática fé confiado cree.

Nealia. Templa el ardor, mi bien, de tus acentos,
Que si llegase á oir!...

Idam. ¡Al cielo plegue!
¿Quién de mis brazos robará á Nealia?
Astuto su poder contra mí ostente;
Que ya vió mi virtud harto celosa
Resistir á sus dones, ¡cuantas veces
Quiso quebrar mi orgullo entre sus manos
Cual quebrantar pudiera caña leve!
Contra mi cuello se rompió su yugo.

Nealia. ¡Triste gloria, Idamor! ¿Te ensoberbeces
Humillando en su culto á nuestros Dioses?
Respeta al menos las humanas leyes.
Dime ¿qué respondieras á tu padre
Si los derechos que del cielo tiene

Reclamase ante tí? ¿Su voz augusta
Desoyeras impío?

Idam. ¡Ah suspende,
Suspende por mi amor ese recuerdo!
¡Mi padre! ¡mi padre idolatrado!... El arte aleve
Perdóname, Nealia, no he aprendido
Con que los cortesanos domar suelen
Las dóciles pasiones. Sus respetos,
Sus mentidas palabras complacientes
Fardo del alma son que á mí me abruma
Cuando un esclavo ni aun su peso siente.
La aspereza nativa de sus montes
Ni junto á tí, Nealia, vencer puede
Tu fiel adorador. Si tú supieras
Adonde ví la luz, en cuales fuentes
Se retrató mi rostro tierno niño...
Respeto tu obediencia... corta fuerte
De un sacrílego amor los torpes lazos.

Nealia. Quien quiera que tú seas tú posees
Solo mi corazon.

Idam. Hija de un Brama,
¿Sabes á quien consagras tal presente?

Nealia. Al trono de Dehlí radiante en gloria
Y ante él postrados tributarios reyes
Prefiriera contigo los desiertos.

Idam. ¿Los desiertos? ¡Oh Dios! ¿Por qué no eres
Hija de los desiertos solitarios,
Ó por qué á mí negó la adversa suerte
Nacer en la ciudad? Mas largo tiempo
Te deslumbró mi brillo; no consiente
Un jeneroso orgullo que tu engaño
Se prolongue. Cual soy...

Nealia. ¿No se mueve
El follaje hácia aqui? Somos perdidos:
Ampárame, Idamor.

Idam. ¿Quién dura muerte
Buscará persiguiéndote á mi vista?
Mas... no temas, Nealia, que se acerque;
Un guerrero cristiano es quien velaba
Por tu seguridad.

ESCENA III.

NEALIA. IDAMOR. ÁLVARO.

Alvar. Partir conviene.
Que al resplandor del alba ya se juntan
Las oraciones á entonar los fieles.
Sus himnos ya resuenan desde lejos. (*Se oyen las primeras notas del coro.*)
Idam. Y que tan pronto.
Nealia. Á Dios.
Idam. ¿Volveré á verte?
Nealia. Quizá.
Idam. Un favor imploro.
Nealia. Lo concedo...
Idam. Antes que el alba de mañana llegue
Aqui en el mismo sitio.
Nealia. Hasta mañana.
Idam. ¿Y lo juras?
Nealia. Sí, á Dios.
Idam. Él por tí vele.

ESCENA IV.

NEALIA *de rodillas.*

Tú que bañaste, oh Sol, en viva lumbre
Los alíjeros orbes, cuando Brama
Del firmamento te elevó á la cumbre
Y de las sombras separó tu llama;
Tú, cuya luz en triste servidumbre
Ó en regio trono su calor derrama,
Permite que las sombras, Réy del cielo,
Su fuga oculten con espeso velo.
Apiádete el esposo malhadado
Que sorprendió tu luz en este instante;
Mas si su pena decretó ya el hado,
Si por mi amor perece el tierno amante,

Á Dios Rey de los cielos; tu dorado
Disco alzarás mañana rutilante;
Pero no podré, ó Sol, volver á verte
Que antes mis ojos sellará la muerte.

ESCENA V.

Coro.

BRAMAS, *con instrumentos.* GUERREROS. PUEBLO.

PRIMER BRAMA.

Bendecid al sol naciente.
Cantadle, pueblos, cantad:
Su luz inflama el oriente,
Pueblos felices cantad,
Cantad pueblos su luz resplandeciente.

PUEBLO.

Su luz dora el cielo,
Cantemos al sol;
El aire y el suelo
Baña su arrebol.

SEGUNDO BRAMA.

Siete rápidos corceles (1)
El horizonte abrasan con su aliento.
Ya subes sol fecundo
Y mas brillante el mundo
Con sus prados, sus montes y verjeles,
Y su mar turbulento,
Sale del sueño umbrío,
Esmaltándose al verte de rocío.

PRIMER BRAMA.

Despareced fantasma de la noche
Guias del homicidio pavoroso,
Fuegos falaces que luciente broche

(1) *Bhaguat—Geeta.*

En el nocturno manto tenebroso
Bordais á los viajeros.
Huid falsos agüeros
Que ya vierte su lumbre el sol piadoso.

CORO DE BRAMAS.

Cantad pueblos felices
Su fuego refuljente:
Cantad al astro hermoso
Que aparece en oriente.

PUEBLO.

Sus fúljidos rayos
Cante nuestro amor,
De su pura lumbre
Resuene el loor.

UN BRAMA.

Los meses cantan con diversos nombres (1)
Su celsitud y gloria.

OTRO.

Para bien de los hombres
Por alcázares doce el tiempo lleva
Entre auríferas torres y verjeles
Á reposar sus rápidos corceles.

PRIMER BRAMA.

Las varias estaciones
Del sol reciben los preciosos dones;
Sus auras y perfumes, primavera;
Sus cosechas y frutos, el verano;
La pomposa cimera
Tambien recibe otoño de su mano:
Celebren nuestros cantos y oraciones
Al padre de las varias estaciones.

(1) *Bhaguat — Geeta.*

EL PUEBLO.

Cantemos su grandeza:
Cantemos la belleza
Del otoño y verano.

UNA VOZ DEL PUEBLO.

Tierno su fuego amante en los jardines
De nuestra patria vierte con delicia
Para bien de los fieles.
El hálito primer de sus corceles
Las Indias acaricia.

OTRA.

En forma humana cruza las montañas
Y en los valles quebranta las serpientes;
Suena su canto en rústicas cabañas
Y sus ninfas repítenlo inocentes. (1)

CORO.

Nuestra patria por él dulce suspira
Y los ecos repite de su lira.

SEGUNDO BRAMA.

¿Y quien al ver su luz el labio cierra?
¿No es un himno de amor y de ternura
El despertar la tierra?
Al besar la floresta ¿su ventura
No cantan peregrinas
Las brisas matutinas?
¿Y no canta tambien fiero mujiendo
Su gloria el mar con tempestuoso estruendo?
¿Y no hiende altanera
Por adorarlo el águila la esfera?
El leon inclemente
¿No ruje al ver el sol en el oriente?
¿Y quién el labio cierra
Cuando la luz del sol vuelve á la tierra?

(1) *Sonnerat. W. Jones.*

UN GUERRERO.

Yo te consagro, Sol, al hijo mio,
Al hijo de un guerrero;
Pueda como tu luz su altivo brío,
Benéfico lucir al mundo entero.
Pueda con claro acero
Brillar como tú, oh Sol, en su carrera;
Y en raudales de luz como tú muera.

UNA DONCELLA.

Enferma, oh Sol, y postrada
Junto á la profunda fosa,
Yace mi madre adorada,
Su luz no borra la airada
Huella que en sus ojos posa:
Si la pierdo ¿ á quien amar?
Á que la vida prolija
Pueda tu luz ahuyentar
La muerte que va á robar
Sus amores á una hija.

UN BRAMA.

Acoje nuestros votos Dios potente.

UN GUERRERO.

Á tí consagro, oh Sol, mi limpia espada.

UN PASTOR.

Acepta, oh Sol, mis frutos y mi incienso.

UNA DONCELLA.

Acepta mi presente,
De lágrimas formado, solamente.

CORO DE BRAMAS.

Cantad, pueblos, cantad al nuevo dia,
Cantad himnos de amor y de alegría.

CORO JENERAL.

¿Y quién el labio cierra
Cuando la luz del Sol vuelve á la tierra?
De esplendor coronado y de alegría,
De tu cabeza, oh Sol, lanzas el dia.
¿Y quién el labio cierra
Cuando la luz del Sol vuelve á la tierra?



ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

EMPSAEL. EL CORO.

Emps. El Dios á quien cantais propicio os oye;
En los surcos que alumbra su carrera,
Derramará fecundidad y vida;
Con vuestros sacrificios resplandezcan,
Oh pueblos, sus altares sacrosantos,
Que premio os guarda el cielo en las cosechas.
Seguid austera vida, sacerdotes,
Dios vuestro mal y vuestro bien contempla:
No murmureis si el hierro os amenaza,
Ni murmureis del fuego que os macera:
La vida es un combate cuya palma
Dios en el cielo á la virtud reserva.
El sumo Sacerdote á este recinto
Se digna descender; hácia la tierra
Los ojos inclinad y de su frente
No empañe vuestra vista la pureza.
El templo se abre ya. Volved, mortales. (*Retíranse los bramas y el pueblo sin mirar á Akebar.*)

ESCENA II.

EMPSAEL. AKEBAR. *Akebar baja lentamente los escalones del templo y se acerca á Empsael que se prosterna á su vista.*

Akeb. Levanta, oh Empsael. ¿Temer debiera
De algun mortal la vista? ¿Los acentos
Con que su voluntad Brama revela
Irán á humano oido?

Emps. Si á tí place,
Antorcha de verdad, oculta muestra
Dar de tu luz ¿osaran los mortales
Oscurecer su brillo? ¿Quién pudiera
Profanar esta augusta confianza
Que dispensarte dignas? Nada temas!

Akeb. Oh dicha de vivir siempre adorado!
Cuanto una vez amaba tu belleza,
Cuanto dolor vencí por alcanzarte;
Ya te poseo. Ay triste.

Emps. ¿Por qué llenas
El cáliz de tu gloria de amargura?
Hoy que cien pueblos con amor te cercan
Sus inciensos quemando por honrarte;
Hoy que ciñes la fúljida diadema
Y de lejanos climas cien monarcas
A contemplarte humildes se presentan.

Akeb. Yo amaba esa corona rutilante
Cuando su luz ceñía otra cabeza;
Cuando al gran Sacerdote yo incensaba.
¡Mas ya la conseguí! Ya con eterna
Ficcion cubrir el rostro y la voz debo;
Frio insensible cual imájen yerta.
¡Falso esplendor por libertad comprado,
Cual tu pompa me oprime y tu grandeza,
Y la música triste de los templos
Que sin cesar en mis oidos suena! (*Cae sentado en un banco de césped.*)

Emps. Contra el secreto mal que te combate
Mitigacion buscabas en las ciencias.

Akeb. Devoraba afanoso en otros dias
De la historia del mundo las leyendas;
Mas los doctos escritos abrumaron
Mi mente con sus dogmas y sentencias.
En seis lustros de estudio al fin penetro
Las sombras y los signos de la escuela
Y al brillo fulminante de los rayos
Ó en el triste cantar de ave agorera
Oráculos leí. ¿Quién mas seguro
Remontando su vuelo á las esferas

Los próximos desastres ó venturas
Indagará á la luz de los planetas?
¿Quién de místico ensueño los augurios
Penetrará cual yo?—¡Vana quimera!
La copa del saber es ponzoñosa,
Sus linfas embriagan; mas no llegan
Nunca á calmar la sed. Falsos hechizos.
¿Y todo será vano?

Emps. Las saetas
Del tenebroso mal que te consume
Aguza tu dolor. ¿Qué dura pena
Despedaza tu pecho? ¿Por qué ocúltas
Á mi celo ese mal que así te aqueja?

Akeb. (*Levantándose.*)
¡Qué ventura, Empsael; seguir la via
Que en nuestro bien trazó naturaleza,
Estraviarse entre las dulces flores
Que por la vida el fiel instinto siembra!
¡Esa, altivo Idamor, es tu fortuna!

Emps. Sus triunfos todavía te molestan.

Akeb. (*Violentamente.*)
Insulta mi poder, ante mi trono
El orgulloso cuello no doblega
Y la vista no inclina cuando airados
Mis ojos le reprenden su insolencia.
Y el entusiasta pueblo le bendice
Y exaltando á Idamor á mí me afrenta.
¿Qué hizo para reinar ese soldado?
La sangre miserable que vertiera
¿Mejor es por ventura que la sangre
Que en las aras de Brama por mi humea?
¿Qué esfuerzo doloroso satisfizo?
¿Qué intolerable ayuno le afligiera?
¿Ha sufrido el silencio por diez años
Su maldiciente y orgullosa lengua?
Libre nació y al natural impulso
Ni obstáculos conoce ni barreras.
El error con la gloria le acaricia
Y en tanto yo de mi prision estrecha
Las horas paso encadenando el alma

Á los preceptos de razon severa.
Consumando ignorados sacrificios
Al mundo muerto mi esperanza muerta
Devorar los tormentos fué mi suerte,
Gozar dicha sin fin su suerte fuera.
Y el bien, el solo bien que me dió el cielo
Arranca de mis manos con fiereza,
Ultraja mi poder y yo vacilo
Sin osar castigarle. ¡Y qué! ¿de mengua,
De mofa servirá tu sacerdocio
Eterno Dios, á la maldad proterva?
Aquel que encaneció junto á tus aras
¿Á los impíos servirá de befa?
Vengadme, Dios potente, de su orgullo.

Emps. Mas no permita la deidad suprema
Á la tribu privar de los guerreros
Del caudillo esforzado que eligiera.
¿Qué te importa, Akebar, que no se humille
Ante esa autoridad cuyas cadenas
Tú mismo reconoces?

Akeb. Mas no puedo
Tolerar que su brazo la sostenga;
¡Oh pasion del dominio malhadada!
Si ese mismo poder que tanto pesa
Huyese de mis manos, un vacío,
Una herida incurable al pecho hiciera.
Ni me basta el cansancio de los años
Ni el consuelo me basta de las letras;
Ó el poder ó el sepulcro... En corto tiempo
Mi destino sabré. La hora está cerca
En que llegue Idamor. — ¡Ah! reconozca
En mí, cual debe, autoridad suprema
Y cambiará en amor mi justo enojo;
Lo colmaré de honores y riquezas...

Emps. ¿Y no ha rehusado siempre tales dones?

Akeb. Quizá humille otro don tanta soberbia;
Encadenarlo puede un lazo augusto,
Un inaudito honor cuya escelencia
Deslumbre su poder. Ya lo he resuelto.

Emps. Para curar el mal que te atormenta

Permíteme que llame aqui á Nealia;
Y el paternal cariño en su presencia
Disipará tu encono.

Akeb. ¡ Ah ! ¡Desgraciado!
¡ Detente ! No, Empsael, no puedo verla.
La dulce ajitacion que su semblante
En mi seno derrama, me condena
Y trémulo me acuso de ese afecto
No consagrado á Dios. Es mi flaqueza
Otro nuevo martirio. Ella me ama
Y me teme tambien. La frente austera
No descorrí jamas por sus abrazos;
Ni jamas las sonrisas placenteras
Vió ondular en mis labios. Cuando un padre
Contra el tierno regazo su hija estrecha;
Cuando recibe el beso de ternura
En la frente ó la blanca cabellera,
Lloro y jimo envidioso de esa dicha
Que nunca conocí. ¡ Y he de perderla,
Perder á mi Nealia por la gloria
De mandar solo yo ! Presto la huesa
Me abrirá tan penoso sacrificio.
Mas llevaré á la tumba toda entera
Mi santa autoridad ; ya no vacilo.
Cielos piadosos recibid mi ofrenda.

Emps. ¡Ah! Cálmate, Akebar. Idamor viene,
El horror que te inspira cauto vela.

Akeb. (*Con frialdad.*)
¿Qué horror dices? No entiendo tus palabras.
Ni en mi frente ó mi rostro quedan huellas
De horror ni de alegría. Empsael, parte.

ESCENA III.

AKEBAR. IDAMOR.

Idam. No esperaba, señor, de parte vuestra
El honroso mensaje que me llama.
Supremo sacerdote ¿ á qué debiera
Favor tan distinguido ?

Akeb. (*Aparte.*) ¡Qué insolente
Su voz y su ademan! (*Alto.*) ¿Á la defensa
Idamor, te preparas, y no es mi pecho
Duro ni rencoroso cual pudieras
Pòr mi rostro juzgar.

Idam. Habrá mudado.
Constante el mio la justicia alienta,
La justicia inflexible.

Akeb. Así lo veo.
Pero, Idamor, ¿á distinguir no aciertas
Entre el desprecio injusto de las leyes
Y la santa equidad? ¿Tu audacia ciega
No destruye las leyes con la espada
Alzando en su lugar bárbara fuerza?
¿No imajinas que es hollar el civil órden
Es el colmo de todas tus proezas?
Tú permites que el vulgo satisfaga,
Sus rutinarios dogmas y creencias...
Empero tú...

Idam. ¿Mi orgullo y sacrilejio
Pasó del templo las sagradas puertas?
¿Ó se arrogó políticos derechos,
Ó imterrumpió del culto la reserva?
Pues si presides, Brama, de los hombres
A tu placer la mente y la conciencia,
Bástele á tu ambicion y entre mis manos
Abandona el dominio de la tierra.
Sé el último en buen hora de los dioses,
Mas yo el primero de los hombres sea.

Akeb. Sigue, Idamor, abruma á un triste anciano
Sin fuerza y sin rencor. ¿Así se ostenta
Un guerrero magnánimo? Insensato,
¿Me juzgas tu enemigo?

Idam. No lo fueras
Y tal no te juzgára. El enemigo
Mas violento de todos.

Akeb. ¿Por qué pruebas?
¿Qué hice nunca en tu daño?

Idam. Mi desgracia.
Sí, por tí, Sacerdote, á quien venera

Un fanático pueblo, por tí sufro
Lo que mil adversarios en la guerra
No me hicieran sufrir. Tú me persigues,
Tramas mi desventura... Mas... violenta
La razon se estravía...

Akeb. Yo te escucho;
Perdóname, Idamor, que no te entienda.
Me acusas... compadezco tu delirio.
Conoce al fin al hombre que detestas.
¿Yo ambicioso, Idamor? cuando en mis ojos
Las sombras de la tumba ya se asientan;
Cuando el agua lustral, yerto cadáver
Aguarda al triste que respira apenas
Un objeto mas alto es mi codicia,
Ver feliz á mi hija antes que muera.
El cielo me la vuelve de su templo;
Una alianza ilustre solo anhela
Formar mi corazon; busqué en la corte
Y en las tribus sagradas y guerreras
Un hombre digno de la augusta sangre
Que los dioses vertieron en sus venas.

Idam. Y le hallaste sin duda.

Akeb. Así lo creo.

Idam. Su nombre.

Akeb. El Indostan grato respeta
Su jeneroso nombre. Le fué el cielo
Propicio en los combates. Su cimera
Ornada de laureles...

Idam. Mas el nombre
De ese esposo feliz.

Akeb. ¿No lo recelas?
Su nombre es Idamor.

Idam. ¿Qué escucho? acaso...

Akeb. ¿A tu fiero adversario no contemplas?

Idam. Yo ignoraba... Señor ¿y que es posible?
¿Soy el nombrado yo?

Akeb. Tan lisonjeras
Fueron mis esperanzas; y este dia
Que comienza la dulce primavera
Y que juzgan propicio los augures

Destinaba á tu enlace.

Idam. ¡ Oh Providencia !
El cielo, padre mio, por ti habla:
Él te inspira y me nombra. Ya en la tierra
Postrado tus oráculos adoro;
Portentos tu palabra santa enjendra,
Humillado mi orgullo á tus pies pide
Espiar las injurias que te hiciera.
Ví á Nealia y la amé sin esperanza;
Tus altares maldije y la inclemencia
De las bárbaras leyes y á tí mismo
Maldije, padre, con osada lengua.
Perdona mi furor y mis amores;
Detesto el estravío en que cayera;
Nunca te aborrecí, mi solo crímen
Fué un esceso de amor.

Akeb. Fué justa queja
Que importuné tal vez con demasía
Tu ardiente juventud. Mi voz sincera
Podré, empero, apartar de tus oidos....

Idam. Vuestros consejos, padre, de hoy mas sean
Mandatos soberanos. ¿Qué? ¿no os debo
La beatitud, la vida? el alma plena
De ventura rebosa ¿os dignareis
Permitir que á Nealia luego vea,
Que yo mismo le anuncie mi fortuna?

Akeb. Por tí solo, Idamor, una vez ceda
El rigor de las leyes. De este bosque
Al himeneo consagrado puedan
Las dulces auras escuchar tus votos
Hácia la cuarta hora. En tanto espera
Y á Nealia verás en este sitio.
A Dios. (*Presenta la mano á Idamor que se inclina para besarla.*) (*Aparte.*)
Postróse al fin tanta soberbia.

ESCENA IV.

IDAMOR.

Esposo de Nealia. Él nuestro padre,
Hijo... otro anciano así me apellidaba
Y hoy me llora y me busca y jime ausente,
Y no verá á su hijo junto al ara.
Zares no es ya mi padre. Yo le abjuro
Uniéndome á los mismos que le infaman;
A esos con quien mi audacia é impostura
En mal hora, tal vez, aquí me igualan.
Hombres de ingratitud y de perfidia
Con cuyo aliento se envilece el alma...
Por ellos le renuncio... ¿y qué ventura
Engañar á la vírjen que adoraba;
Temblar al dulce son de sus caricias;
Amándola temer su justa saña;
Y decir, tanto amor, á conocerme,
Como débil bujía se apagára?...
Sofocar un secreto tenebroso...
Si se supiera ¡cielos!... Esa infamia
Que recibí en la cuna, ese desierto...
¿Y no sabrá mi esposa á quien se enlaza?
Mas si lucha el amor con sus temores,
Si el peligro desprecia, si me ama,
Todo en el mundo olvidaré por ella.
Ya viene, Dioses. ¡Yo ventura tanta!
Que horroroso secreto le preparo...
Tiemblo... Solo á su vista yo temblára.

ESCENA V.

IDAMOR. NEALIA.

Nealia. ¿Y acusas todavía al justo cielo?
¿Ó de mi padre acusas las palabras?
Su poder me concede á tus deseos
Y santa torna mi pasion culpada.

Bendigan nuestros labios esta hora
Que su inocencia le devuelve al alma.
Dios nos miró con induljente vista;
Y de este bosque las deidades santas
Sin rencor le llevaron el secreto
Que en nuestros corazones se guardaba.
Ven, Idamor, nuestras devotas preces
Acompañe el incienso de las aras.
¿Mas qué nube oscurece tu semblante?

Idam. ¡Nealia!

Nealia. ¿Que deseas?

Idam. ¡Cuán amarga
Será mi confesion!

Nealia. ¿Mas qué te aflije?

Idam. ¿Destruirá tu ventura una palabra?
¿Me amas?

Nealia. ¡Cielo Santo! ¿Y lo preguntas?

Idam. ¿Con un amor sin fin, con una llama
pura, invencible cual la llama mia?

Nealia. Á tu pecho consulta.

Idam. Pero ¿amas
Á Idamor, no al caudillo de guerreros,
No al vencedor de espléndidas batallas
Coronado de lauros y de honores?
¿Si á Idamor la fortuna abondonára,
Tu amor sobreviviera?

Nealia. ¿Y qué, lo dudas?

Idam. ¿No te movió á piedad nunca la raza
De esos desventurados que los hombres
Arrojan de su seno?

Nealia. ¿De quién hablas?

Idam. De esa tribu proscripta y vagabunda
Desprecio, horror al orbe...

Nealia. Guarda, guarda
De pronunciar un nombre tan funesto,
No mancilles diciéndole las plantas
De este bosque sagrado.

Idam. ¡Ah! Uno de ellos
Harto de la miseria que arrastraba
Altivo sacudió su indigno oprobio,

Venció en las guerras, y su odiosa planta
Se atrevió á profanar vuestras ciudades.

Nealia. Líbrame de su vista con tu espada.
Hiérelo sin piedad ¡ Cielos ! ¡ un mónstruo !

Idam. ¡Hiere á tu esposo pues! Al que asi abraza
implorando piedad tus pies divinos.

Nealia. (*Precipitándose hácia la estátua de Brama (y abrazándose á ella.*)
Protéjeme alto Dios. De tus venganzas
Fulmine entre nosotros fiero rayo;
Entre los dos el mármol de tu estátua
Levante desplomándose barreras.
Protéjeme, Señor.

Idam. (*De rodillas.*) Pesada carga
Es para mí la vida. La aborrezco.
Odiosa es mi amistad; mi amor degrada,
Mi nombre da terror...

Nealia. (*Sin mirarlo.*) El cielo justo
Castigará mi culpa Mas no caiga
Su enojo sobre tí. Huye, infelice.

Idam. ¿Y en qué rejiones, mísero, la saña
No me perseguirá del hado adverso?
¿Habrá una primavera que sus galas
No oculte ante mis ojos? ¿Habrá un dia
Que su luz no me robe y su esperanza?
¿No llevaré tu imájen al desierto?
¿No sonará tu voz siempre en mi alma,
Ora en torno de mí rujan los mares,
Ó abríguenme en sus senos las montañas?
Las fúljidas antorchas de la noche
¿Adonde no veré que me guiaban
En busca de mi amor? ¿Habrá una fuente
Que no suspenda su carrera clara
Para hablarme de tí? ¡ Bosque dichoso!
¡ Raudal sagrado de divinas aguas!
Llevaré vuestra imájen en mi mente,
Mas... llena de su ausencia... Aquella rama...
Allí una vez detúvose su velo;
Junto aquel tronco antiguo yo contaba
Las horas vijilando su venida...

Allí mi amor la dije... Aquí — Nealia,
Pues que pude por ellas conocerte,
Alto premio gozé por mis hazañas.
Tu dulce mano coronó mi frente;
¡Ah! sin amor entonces me admirabas;
Algo entonces valí por mas que ahora
Horrorosa fortuna me combata,
Algun don superior me hizo del vulgo.

Nealia. Don fatal para mí, que me ocultaba
Entre flores el hondo precipicio.
En su esplendor nacieron mis desgracias.

Idam. Tu dicha volverá; pero entre tanto
Ya la pompa solemne se prepara;
¿Me presento al altar?... Este secreto
Que trémulos mis labios pronunciáran,
Solo de horror me colma y de desdenes,
Mas fué de noble amor leal confianza,
Al perdon me da títulos sagrados...
¡Cuan dulce es entregar, yo imajinaba
Mi suerte entre sus manos y una ofrenda
Arrancar á su amor mas señalada,
Que nunca escribió el mundo en sus anales!
Yo le daré ese triunfo. Yo mis palmas,
Mis lauros, mi poder, mi gloria, todo,
Todo pondré á sus pies. Solo á mi amada
Quiero deberlo todo. En tu promesa
Y en tu pura piedad yo confiaba;
Tú me arrojas de tí, tú me maldices,
¿Podré confiar aun en esas lágrimas?

Nealia. ¿Y qué esperas de mí? ¿que acepte acaso
Con tu amor tus oprobios y tu infamia?
En buen hora. ¿Y despues quien me socorre
Si el ánjel de la muerte á sí me llama,
Sorprendida en sacrílego himeneo?
¿Como escuchar podré su voz airada?
No me intimida el odio de los hombres,
La maldicion de Dios solo me espanta;
¿Quieres que trueque por el llanto eterno
Por el jemido horrible que traspasa
Mas allá de la tumba, por la pena

De los precitos, la piadosa calma
Que da el cielo á las tribus que le siguen?
¿Quieres que pierda en Dios la bienandanza
De aquel dichoso dia de luz lleno
Sin aurora ni fin?

Idam. Quiero que vayas
A descansar al seno de los dioses,
Mas yo te seguiré. La especie humana
Nos niega en vano tan augusto asílo.
Somos hijos de Dios. Su imájen santa
¿No imprimió en nuestros rostros por ventura?
¿Para los otros hombres su balanza
Pesa acaso mas luz al darles dia?
¿Los vivifica de otro sol la llama?
¿Tienen vista mas cierta ó mejor brazo?
¿Las lenguas de los otros mejor hablan?
¿Fórmanse las espigas para ellos,
Para ellos solos corren dulces aguas?
¿Se marchita la flor en nuestras manos?
¿No lloran ellos nunca? ¿Nuestras armas
No penetran sus carnes con el filo?
¿Las pasiones no tocan sus entrañas?
¿No aman y no aborrecen cual nosotros?
¿No es Dios padre comun? Pues ¿quien agravia
Su amorosa clemencia proclamando
Que aborrece á unos hijos y á otros ama?
El hombre solamente desconoce
Esta ley del amor y así separa
Del hermano al hermano; mas la muerte,
Al golpe funeral de su guadaña,
Sabrá reunir esta familia inmensa,
Que Dios á todos por igual reclama.
Los hijos perseguidos del desierto
Reposarán en brazos de los bramas:
Un sudario comun bastará á todos.

Nealia. Ah que funesto hechizo se derrama
En mi mente al oirte. Huye—partamos:
La fuerza me abandona.

Idam. Tú lo mandas.
Ya te obedezco. A Dios; mas no me prives

De una mirada sola antes que parta.
Nealia. (*Volviéndose á Idam.*) ¡Idamor!
Idam. (*Acercándose gradualmente á Nealia.*)
¿Y mi vista no te turba?
Sobre mi rostro el sello no pensabas
Ver de reprobacion? ¿Siniestro fuego
De mis ojos mirándote no irradia?
No, que arde en ellos solo la ternura:
Y ébrios con el placer de verte vagan.
No tiembles, no, mi brazo te sustenta;
Al cielo tus suspiros lleva el aura.
¿Ves ya como mi dicha contemplando
No desciende el Eterno á disiparla?
Ni la tierra en su furia á tus pies roba:
Ni rujidora tempestad levanta:
Él perdona mi amor y se sonrie:
Perdona tú tambien. El fuego apaga
De ese remordimiento que te ofusca;
Consiente en mi ventura...
Nealia. ¡Desdichada!
Yo no puedo... Ay de mí, deja un instante
Que en medio de las dudas que me asaltan
Recobre sola mi razon perdida.
Ya sus himnos comienzan mis hermanas:
Aquí van á llegar. ¡Ah! su presencia
Me llena de zozobra... ¿sus miradas
Cómo podré evitar y sus preguntas?
Un instante, Idamor.
Idam. Una palabra;
Una palabra sola. ¿Morir debo
Ó conservar la vida? ¿Qué me aguarda?
Nealia. Vive para mi mal...
Idam. ¡Ídolo mio!
Esta duda que el pecho despedaza
Pronto decide, pero libremente.
La sentencia pronuncia, y si desgarra
Mi corazon acabarán mis males.
Desesperado y triste antes, tomára
El mismo mal, que la ansiedad violenta
De esperar temeroso su llegada.

ESCENA VI.

CORO. = SACERDOTISAS.

UNA SACERDOTISA.

Ven, Nealia.

OTRA.

Nealia.

LA PRIMERA.

¿Por qué huyes?
¿Huyes á la espesura?

LA SEGUNDA.

¿Interrumpido habremos su ventura?

OTRA.

¿Qué turbacion la ajita?

OTRA.

Con nosotras no vino al sacrificio
Que recibe propicio
En sus plácidas aguas Ganjes santo,
Al son del dulce canto
Que su corriente augusta precipita.
¿Qué turbacion la ajita?

CORO.

Amistad poderosa
Da á su pecho esperanza,
Y tu voz melodiosa
Felicidad le vuelva y confianza.

UNA SACERDOTISA.

Nuestras dulces tareas
Al ocio triste ahuyenten;
Los mirtos nos acusan
Porque el aura los vence;

Y los altos bananos
Mientras sus copas mecen,
Fecundo riego imploran
Contra el sol que los hiere.

OTRA.

Invoquemos los jenios y las ninfas (1)
Que los raudales cubren con sus linfas.

LA PRIMERA.

Espíritus aéreos
Del agua y de la tierra,
Cuyos tiernos suspiros
Perfuman la pradera,
Cuyo dulce murmurio
En los arroyos suena
Que volais de las brisas
En las alas lijeras.

LA SEGUNDA.

Dioses que por la noche
Encendeis las estrellas,
Sembrais dulce rocío,
Abris las flores nuevas,
Y de insectos lucientes
Tachonais la arboleda.

CORO.

Bajad del aire,
Dejad las linfas,
Vuestra presencia
El mundo anima.
Venid al mundo,
Volad benignas,
Sílfides bellas,
Sed bien venidas;
Bajad del aire,
Dejad las linfas.

(1) *Forster*.

UNA SACERDOTISA.

¡Venid! la ninfa invisible
Que allá en su blanda prision,
Vuestros abrazos recibe
Y recibe vuestro amor,
Bajo rústica corteza
Está con ajitacion
Vuestra llegada esperando:
Venid, venid á su voz.

OTRA.

Refresque las rosas
vuestro puro aliento;
Su fragancia dulce
Perfume los vientos
Que en torno á Bengala
Vuelan sin cesar.

CORO.

Dejad las claras ninfas,
Dejad las puras auras,
El amor os lo pide,
El amor lo reclama;
Dejad, dejad las linfas,
Dejad las dulces auras.

UNA SACERDOTISA.

¿Qué inquietud me atormenta?
¿El aureo cáliz
Tu brazo no sustenta?

OTRA.

Tu labio mudo
¿Ni un acento ha de dar hoy á los dioses?

OTRA.

De Nealia me acuerdo
Nunca pudo
Mi mente desechar este recuerdo.

CORO.

Amistad poderosa
Tu bálsamo derrama en su razon;
Y la paz venturosa
Vuelva á su corazon.

UNA SACERDOTISA.

Cuando marchito el lirio
Se inclina y descolora
Al lucir nueva aurora
Aun puede florecer.
Mas si voraz gusano
Se alimenta en su seno
El cielo de luz lleno
No le hará renacer.

CORO.

Amistad poderosa
Tu bálsamo derrama en su razon;
Y la paz venturosa
Vuelve á su corazon.

UNA SACERDOTISA.

Mas qué veo, sin duda la ternura
De Mirza y su elocuencia
Ó de Zaïde la plácida hermosura
De su dolor calmaron la violencia.
Suspendamos el canto:
Respetemos, pues viene, su quebranto.

CORO.

Suspéndase ya el canto:
Respetad, pues ya viene, su quebranto.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

NEALIA, ZAIDA. MIRZA. EL CORO.

Nealia. (*A las Sacerdotisas.*)
Vosotras, Zaida, Mirza, á quien un voto
Desde la cuna enlaza al mismo altar
Y mis horas colmásteis de la dicha
Que en su seno enjendrára la amistad
Al par con estos árboles creciendo,
Cuando tan dulce lazo va á quebrar
El preparado rito ¿qué os admiran
Mis sollozos y lágrimas?
Zaida. No mas,
No mas, que si tu pecho, dulce amiga,
Se inunda al separarnos de pesar,
Cuantas veces las flores y las joyas
Que han de adornarte en el festin nupcial
En nuestras manos riega llanto tierno.
Mirza. ¿Mas por qué acerbo llanto derramar
Cuando á la hermosa Nealia abren sus brazos
Felices horas llenas de beldad?
¿Hay acaso una gloria, hay una dicha
Ajena al himeneo? ¿Á qué llorar?
Nealia. ¡Ay de mí!
Mirza. ¿Por qué jimes?
Zaida. No pretendas
Disimular tu lloro.
Mirza. ¿Y no será
De un ensueño impostor hija tu pena?
Nealia. El que interpreta la alta voluntad
De los Dioses, mi padre, hubiera roto
Su ominoso prestijio.

Zaida. Oyes quizá
Lamentarse algun Dios del duro hierro
Que hiriera la corteza adonde en paz
Plugo á Brama ocultarle. ¿Por qué tiemblas?
¿Que voz oyes las nubes traspasar
Ó los mármoles yertos del sepulcro?
¿Profanará este asilo algun mortal?

Nealia. No, no, ¿por qué lo dices? ¿Quién lo osará?

Mirza. Algun odio secreto abrigará
Tal vez tu corazon contra tu esposo...

Nealia. No, yo no lo aborrezco.— Que abrazar
Anhelo, antes con él gloria ó desdicha,
Mi ventura sea suya, mio su mal,
Todo comun mientras el tiempo dure,
Ni la muerte nos logre separar...

Zaida. Cesa, Nealia, cesa en tu quebranto,
Plácida mira el sol que á lucir va
En tu nueva existencia ¿nuestros Dioses
Á sus sacerdotisas desoirán?
No que á su culto solo consagrada
Nunca manchó Nealia tu piedad
Profano pensamiento; ni tu boca
Al agua pura se acercó jamas,
Sin que tu mano del sagrado bosque,
El césped refrescára. Calma ya
El terror con que al mundo consideras,
Sus encantos tus ojos gozarán
Sin que la corrupcion mancille un pecho
Do mora la virtud.

Nealia. ¿Mas se hallará
En ese mundo seductor, acaso,
Esta apacible y grata soledad?
¿Nuestros dulces estudios y oraciones
Adónde en adelante he de buscar?
Os dejó pesarosa... el cielo santo
De bendicion os colme. No olvidad
Con mi ausencia las plantas que cuidaba,
Ni las aves que al son de mi cantar
Bajaban á mis manos en el bosque;
Y al nacer de la aurora, recordad

Mi gazela querida, protejedla;
Mi nombre oiga en su torno resonar.
De mi constante amor y mi cariño,
Alguna prenda, amigas, conservad.
(*Á una sacerdotisa.*)
Tú estos brillantes velos que admirabas,
Mirza, mis brazeletes... ¿Mas do estás,
Zaida? ¿Por qué se aleja?

Zaida. ¡Un estranjero!

Nealia. El soldado que adora otra deidad
Le guía á este recinto. Ya le deja.

Mirza. Hácia nosotras viene. ¡Con qué afan
Busca apoyo en el báculo! Su frente,
Su luenga barba que arjentó la edad,
Inclina hácia la tierra. Al templo vamos...

Nealia. Y qué podemos, Mirza, recelar
De ese anciano infeliz.— Démosle ayuda,
Que sus votos el cielo escuchará
Grato como recibe el santo incienso
Que en leves ondas sube del altar.

ESCENA II.

NEALIA. ZAIDA. MIRZA. ZARES. EL CORO.

Zares. (*Se adelanta apoyándose en un báculo.*)
Sacerdotisas del sagrado bosque
Yo ignoro vuestros ritos. ¿A la sombra
Podré acojerme de estos santos muros?
El cansancio me vence.

Nealia. En paz reposa,
Anciano, en nuestro bosque.

Zares. ¡De tan lejos
He venido hasta aqui!

Nealia. (*Acercándose para sostenerlo.*)
Sin duda moras
Por piedad los desiertos.

Zares. ¿Yo?

Nealia. ¿Quién eres?

Zares. Estranjero en el mundo.

(*A las sacerdotisas que le rodean.*)
Tantas honras,
Tanta piedad me aflije. No merezco...
Nealia. ¿Eres infeliz?
Zares. Mucho.
Nealia. No me toca
Averiguar por qué, sino ampararte;
(*Siéntase Zares en un banco de césped.*)
¿Mas cómo con los años que te agovian
Emprendiste sin guía tal viaje?
Zares. No tengo amigos yo.
Nealia. Y te abandona
El mundo en la desgracia. ¿Quién te nutre?
Zares. De los que pasan la casual limosna:
Soy pobre, pido poco, me dan menos,
Mas resignado...
Nealia. ¡Cielos! ¡me acongoja
Tanto su padecer! ¿Vienes, oh padre,
Á visitar las tumbas que atesoran
Cenizas de los santos, ó te llama,
Para cumplir un voto voz piadosa?
Zares. No vengo á cumplir voto.
Nealia. ¿Pues qué buscas?
Zares. Busco un perdido bien, busco una joya.
Nealia. Yo te la volveré si un mortal puede.
¿Quieres autoridad? mi padre goza
La Suprema Tiara.
Zares. Tú le amas,
No le abandones nunca.
Nealia. ¿Por qué lloras?
Zares. Yo lloro á pesar mio.
Nealia. Una palabra
Bastará de Akebar para que todas
Tus desgracias acaben.
Zares. Solo un hombre
Las puede disipar; ese á quien nombran
Jefe de los guerreros en la India...
Nealia. ¿Idamor?
Zares. Ese mismo.
Nealia. Pues mi boca

Le dispondrá á tu bien.
Zares. (*Se levanta.*) ¿Qué? ¿le conoces?
Nealia. Anciano, hoy se celebran nuestras bodas.
Zares. Pues ya la muerte solo...
Nealia. No, los males
Que tu cansado seno así devoran,
Refiere libremente y yo prometo
Que él los aliviará.
Zares. La pena honda
Que mi pecho corroe solo el suyo
Es capaz de entender.
Nealia. Él viene.
Zares. Ahoga
La turbacion mi voz; helada siento
En las venas la sangre. (*Se sienta.*)

ESCENA III.

ZARES. NEALIA. IDAMOR. ÁLVARO. EL CORO.

Alvar. (*A Idamor.*) En una roca
Reclinado vertia ardiente lloro;
Sus lágrimas regaban silenciosas
La entrada á Benares. Yo le contemplo,
Mi compasion con su jemir implora,
Auxilios le ofrecí. "Idamor solo
Me puede consolar." Con voces roncas
Dijo; yo partí al punto hácia este bosque
Á pedirte, Idamor, que le socorras.
Cumplí el deber de amigo y de cristiano;
Y pues eres feliz, cumple tú ahora
La obligacion de trasmitir tu dicha.
Nealia. (*Acercándose.*)
Si me amas, Idamor, tu pecho acoja
La súplica del triste.
Idam. ¿Y se diría
Que Akebar me prodiga tantas honras;
Que tú mas que á un mortal me haces dichoso;
Que mis mas caros votos asi colmas
Y hablas cual suplicante? Ven...

Nealia. Desea
Que solo tú sus pretensiones oigas.
Entremos en el templo.
Idam. (*A Alvaro.*) Caro amigo,
Libre el anciano su infortunio esponga.

ESCENA IV.

ZARES. (*Sentado.*) IDAMOR.

Idam. ¿Qué reves, oh estranjero, á mí te trae?
¿Puedo volverte yo lo que á los hados
Les plugo codiciar? Responde, amigo.
Zares. Él es, no hay duda, él es. Ya le he escuchado.
La voz resuena al fin que tanto tiempo
Faltaba á mi alegría.
Idam. ¡Cielos santos!
¿Qué memoria revive dentro el alma?
¿Qué acentos mis oidos escucharon?
¿Á dónde estoy? ¿Quién es? Yo le conozco,
¿Qué veo?
Zares. Solo ves un triste anciano
Que de justo rigor quisiera armarse;
Mas á quien la presencia de un ingrato
Enternece... soy padre... mas soy hombre...
Idam. ¡Dioses benignos! ¿Y me abris los brazos?
Zares. ¿No vence á la razon naturaleza?
¡Ven! ¡ven! ¡Al fin te ví! Te he perdonado.
Idam. ¡Oh padre!
Zares. ¡Oh hijo mio! ¡Dulce instante
Me das, oh cielo, de inefable encanto!
¡Oh lágrimas felices! ¡Oh hijo mio!
¡Por tí que me amas, hijo abandonado!
¿Y pude resistir tal infortunio?
¿Y de gozo no muero, pues te abrazo?
Ni el placer ni el dolor al hombre matan.
Idam. ¿Padre, me perdonais?
Zares. (*Se levanta y mira á su hijo.*) ¡Cuál los años
La majestad adornan de su frente!
¡Qué ademan tan altivo, qué elevado!

Idam. ¡Cual en su frente pálida honda huella
Los años con su tránsito dejaron!
Zares. No son los años, no, son los pesares.
Contará la ciudad dias amargos;
Pero ¿á que otro viviente trocó el dia
Cual á mí en noche oscura el cielo airado?
¿Qué padre despertó con mi agonía?
Yo ví nacer el sol y ví su ocaso
Sin que su luz primera ó moribunda
Mitigasen del alma el fiero espanto.
Errante por los bosques te llamaba
¡Hijo mio! Idamor, ronco clamando
Y el eco triste solo respondía.
Hácia la tarde vuelvo confiado
De hallarte, oh hijo, en el hogar paterno;
Mas nadie me esperaba, á nadie hallo,
Y solo me encontré, solo en la noche.
¡Cuán lento el cielo recorría su astro!
¡Cuanto en la choza mísera faltaba!
Mis ojos entre lágrimas ahogados
Tornábanse al tristísimo vacío,
Donde solías colocar tu escaño.
De tu muerte acusé tigres, reptiles,
Y las ásperas rocas cuyos flancos
Asilo nos debian, las praderas,
Los árboles del valle que lozanos
Crecieron á par tuya y que aquel crímen
Como mudos testigos presenciaron.
Ál universo entero y á mí mismo
Antes que á tí acusó mi tierno labio,
Que á tí te dí la vida, eras mi sangre,
Y en mi yerta vejez mi único amparo:
Al cielo mismo confundí en mi enojo;
Solo induljente fuí con el culpado.
Idam. ¡Oh crímen! ¡Oh dolor! ¡Cuánto sufriste!
Zares. El dia mas cruel, el mas infausto,
Fué cuando sospeché del hijo mio.
En mi lengua las quejas espiraron;
Un súbito dolor secó mi lloro
Y hasta mi corazon penetró el dardo

De la horrible verdad. Abracé entonces
Todo el mal para mí con pecho avaro;
Maldito desde el seno de mi madre,
Amigo de los hombres despreciado,
Todo el amor que altivos esquivaban
Yo te consagré á tí. ¡Cuánto quebranto
Al sufrir tu abandono! En mi despecho
¿Y este es, Brama, decia tu mandato?
¿Asi tú lo has querido? No, no existe
En los cielos el númen soberano;
¡Yo maldigo á los dioses! ¡Solo creo
En mi acerbo dolor y en los malvados
Que se apellidan hijos! Mas qué angustia
Traspasa el corazon que osa insensato
Negar á Dios la celestial justicia!
Vivir sin esperanza! ¡Desterrado
Entre el cielo y los hombres! ¡llena el alma
De un solo sentimiento, intenso, caro,
Que ni aceptan propicios los mortales
Ni á Dios puede ascender! Tal fué mi estado;
Por tres años sufrí sus amarguras...
Yo alimentaba con falaz engaño
El error de que á Orixa volverías;
Una y otra estacion esperé en vano.
Hasta que al fin pisé de los desiertos
Las solitarias vias. Á los rayos
Presentaba del Sol desnuda frente:
Llegué hasta las ciudades, é implorando
Por la noche piedad, logré cubrirme
Con la pobreza de estos rotos paños.
Por la primera vez que ví á los hombres,
Les oí prodigarte sus aplausos:
Yo corro tras tu fama, al fin te veo,
Tú me abrazas piadoso. Pero ¿cuándo?
Cuando vas al altar, y así me robas
Para siempre de tí.

Idam. ¿Pues cómo? Acaso
Os habrán dicho...

Zares. Prueba que me engañan
Al desierto siguiéndome. Partamos.

Idam. ¿Y puedo yo partir?
Zares. ¿A mí te niegas?
Idam. ¿Y en qué lugar, oh padre, habeis pensado
Hallar la mútua dicha que conmigo
Traje en mi fuga? Allí la piedra, el árbol,
Todo recordará mis estravíos
Dando pábulo al mal que deploramos.
Zares. Al recitar desgracias que no existen
Se consuela el espíritu.
Idam. Ah, que dado
Me sea separar vuestra existencia
Del lóbrego desierto; en mi palacio
Permitid que hermosée vuestros dias
Con el mas tierno amor, con los halagos,
Que á la débil vejez prestan las artes.
Rodeará la opulencia vuestros pasos:
Partid honor conmigo, partid gloria.
Zares. Disipa mis recuerdos, y á ese falso
Brillo sabré llamar gloria y ventura.
¿Que á mi placer pueriles artefactos?
¿No vale mas ser libre que ser rico?
¿Qué me importan tesoros ni agasajos?
¿No tengo un cielo yo? ¿No tengo nubes?
¿El mar inmenso rutilantes astros
Las tormentas, la aurora que mas pura
Renacerá y luciente si á tu lado
Contemplo su venida? Mis laureles
Se cifran en tu amor; si yo te hablo,
Si la cabeza viéndote en la noche
Reposo, y para verte la levanto,
Antes que alumbre el dia ¿qué mas dicha?
¿Y qué me ofreces, Idamor, en cambio?
Horas llenas de afan, de angustia llenas
Y temeroso verte el tiempo escaso,
Que el amor ó la gloria le concedan
A la triste amistad del pobre anciano.
Mi cariño es mas grande, y este pecho
Que tu tibieza ultraja no el agravio
Consiente de entregarse todo entero
Por los restos de amor que á tí han quedado.

No me ocultes mas tiempo tu cariño,
El himeneo con pomposo fausto
Te espera ya en las aras, lo sé todo...
Ella misma lo dijo...

Idam. ¿Y ella hablaros
Pudo, y aun me pedis que la abandone?
Su presencia, su voz ¿no os cautivaron?
No vísteis su piedad y su pureza...
Ah, yo la adoro, padre, yo la amo,
Y mas que humana, heróica su ternura
Me ofrece, con insólito holocausto,
Orgullo, gloria, honor, vida, esperanza,
Acepta mi destierro... ¿Y yo entre tanto
Por corona de amor y sacrificios
Solo un suplicio eterno le preparo?
¿Y yo he de abandonarla cual cobarde;
Ó cual hijo cruel abandonaros?
Una víctima pues inmorlar debo...
¿A quién dirá el honor?

Zares. Vacilas harto;
Quizá ya te importuna mi violencia;
A Dios. Vuelvo á mis valles. Me separo
Satisfecho de tí; que aborrecerte
Puedo ya sin piedad. Torna á los lazos
De quien me roba el alma de mi hijo.
Su padre aguarda, ve; yo no reclamo
Derechos que perdí; voy con mis penas
Hasta que abrume mi alma el grave fardo. (*Tomando su báculo.*)
Único apoyo de tu anciano dueño,
Idamor me desecha, guía mis pasos.
Florestas del Orixa, dulces valles,
Humilde techo, próximo Occeano
Adonde le enseñaba de las ondas
A vencer el furor, un desgraciado
Os pide nuevo asilo; á morir vuelve
Adonde vió de luz el primer rayo.
Mis súplicas desoye el hijo mio
No cerrará mis párpados su mano. (*Se retira lentamente.*)

Ya nada espero de él. Yo le aborrezco.
¿Y me dejas partir? ¡Ah desdichado!
Idamor.

Idam. Deteneos.

Zares. ¿Y tú tiemblas,
Tú me detienes y piadoso llanto
Corre por tus mejillas? ¡Ah! me amas,
Sí, tú me seguirás. Ardiente lampo
Enciende ya mi voz en tu conciencia,
Compadece mi mal... Vence esforzado
En la lucha, Idamor; tus armas sean
Estas lágrimas, hijo, que derramo:
Vuélveme el corazon que ya he perdido;
Vuélveme mis derechos sacrosantos,
Mi patria, mis placeres, mis deidades,
Volviéndome á mi hijo, ven, partamos.

Idam. ¿Y llevaré su maldicion conmigo?
Permitid que una hora... y entretanto...
Un momento tan solo y aquí os juro...

Zares. ¿El qué, Idamor?

Idam. Á Orixa acompañaros.

Zares. Yo temo esa entrevista... mas... te creo.
Ven á buscarme aquí... Ve... yo te aguardo,
Sé fiel al juramento... Si me engañas
Escúchame, Idamor, al pueblo parto
Á entregar con mi vida mi secreto...
Sin tí morir sabré...

Idam. Señor, calmaos,
Si así nos viese acaso un enemigo,
De nuestra turbacion infiel relato
Al punto diera al sospechoso Brama.

Zares. No temas, hijo mio, yo me aparto
Al lugar mas oscuro de los bosques;
Tú eres mi solo bien, mi pecho osado
Pierde al verte su audacia; no hay sonido
Ni se escucha rumor, ni hay signo vago
Que no me haga temer, pues soy dichoso.
(*Abraza á Idamor y sale.*)

ESCENA V.

IDAMOR.

¡Y huye de aquí mi padre? ¿Qué he jurado?
¿Y he de ser ó perjuro ó parricida?
¿Y una hora no mas cuando tan raros
Tormentos me devoran las entrañas?
No importa, voy á verla, cielo santo,
Qué le voy á decir... No hay himeneo,
Lejos de tí, Nealia, yo me arrastro.
Y decirlo yo mismo... No, á mi padre
Piedad le pediré. Yerto, postrado...
¿Qué me quieres, amigo?

ESCENA VI.

IDAMOR. ÁLVARO.

Alvar. Ilustre esposo:
El Sumo Sacerdote á quien llegaron
Nuevas de los favores y mercedes
Que á tí siempre debí, me ha confiado
Un mensaje, Idamor. Quiere que al pueblo
Antes que sean los ritos consumados
De tus nupcias, en triunfo te presentes.
El camino cubierto está de lauros,
Leves nubes de incienso al cielo suben,
Llenan las brisas armoniosos cantos,
Fluye el aceite en trípodes doradas,
Alza el pueblo en tu prez floridos ramos,
Solo he visto tal pompa allá en los templos
Adonde á Dios adoran los cristianos.
¿Mas qué secreta pena te acongoja?
Idam. (*Aparte.*) La pierdo huyendo, muere si no parto.
Alvar. Tu prometida esposa...
Idam. Ya te sigo.
Alvar. Ven.
Idam. ¡Ah! Mis votos no veré colmados.
¿Mas qué digo? Se cumpla mi ventura

Ó de la muerte llegue el final plazo,
La llevaré al altar. ¡Ah! mi Nealia
No mirará insensible estos quebrantos,
¿Qué importa la soberbia del asilo?
¿No es el supremo bien un amor grato?
Álvaro.

Alvar. Mi Señor.

Idam. El infelice
Que me esperaba aqui se ha estraviado,
Quizá no es tarde aun. Vuela en su busca
Ó espirará tal vez... Si aprecias algo
Mi amor, no te detengas un instante,
Le dirás que á su hijo... un deber sacro...
De las leyes detiene todavía
Que me verá á la noche; tu mandato
Cumple, fiel, por tu amigo, que depende
De tu fidelidad la vida de ambos.

ESCENA VII.

CORO.

BRAMAS. GUERREROS. SACERDOTISAS.

PRIMER BRAMA.

Quemad rico perfume, alzad el ara,
Y la antorcha nupcial resplenda clara.

UN GUERRERO.

Mis armas elevándose en trofeo
Bélico adorno den á su himeneo.

UNA SACERDOTISA, (*á sus compañeras.*)

Ved sin temor las armas
Y cubridlas de flores placenteras,
Que oculten el acero sanguinario
De las rojas banderas.

SEGUNDO BRAMA.

Las ofrendas suspéndanse en los troncos
De nuestro bosque en tanto.

PRIMER BRAMA.

De su profundidad con ecos roncos
Nos habló el Ganjes santo.
Prosternado el profeta á sus acentos
Inclinó la cabeza;
Y dijeron los místicos concentos
El valor se unirá con la belleza.

TODO EL CORO.

Deidad del himeneo,
Deidad del amor casto,
Felices sean los vínculos,
Sean eternos los lazos,
Que la tribu guerrera,
Y á la Santa estrecharon.

LAS SACERDOTISAS.

Cantemos la hermosura.

LOS GUERREROS.

Cantemos la victoria.

LAS SACERDOTISAS.

La hermosura merece esta memoria.

LOS GUERREROS.

Tambien honor merece la bravura.

UNA SACERDOTISA.

Es la hermosura celestial encanto.

UN GUERRERO.

Vence al orbe la fuerza y borra el llanto.

LA SACERDOTISA.

Ella enjendra al amor.

EL GUERRERO.

De ella nace el honor.

LA SACERDOTISA.

Ella á los dioses prosternada canta.

EL GUERRERO.

Ella defiende el templo y ara santa.

LA SACERDOTISA.

Mas hermosa en ella
Brilla la piedad.
El triste á su vista
Se siente animar,
Cual en el desierto
Si sediento está,
Se anima el viajero
Fuentes al mirar.

EL GUERRERO.

Á los opresores
Muestra su fulgor:
Cual un astro errante
Que detras dejó
Luminosa huella,
Asi al opresor
Arranca su cetro
De la mano atroz.

CORO.

Honor á la victoria,
Á la belleza honor,
Cantemos á su gloria,
Honremos su esplendor.

UNA SACERDOTISA.

Nuestro asilo Nealia así abandona.

UN GUERRERO.

Un héroe la recibe entre sus brazos.

LA SACERDOTISA.

La paz era su bien y su corona.

EL GUERRERO.

La grandeza la adorna con sus lazos.

LA SACERDOTISA.

Asi un puro manantial
Despues que oculto serpea
Por otras vegas frondosas,
Del primer amor se aleja;
Y une sus linfas sagradas
De un torrente á las tormentas.

EL GUERRERO.

Y tal un laurel frondoso
Que nada envidia en la tierra,
Entre sus ramas acoje
El tallo que otro árbol diera;
Y alzando al cielo la frente
Que el rayo voraz respeta,
Tambien el flexible tallo
Consigo á los cielos lleva.

LA SACERDOTISA.

Abandona Nealia el dulce asilo
Donde gozó de paz y de reposo.

EL GUERRERO.

Con la gloria su pecho más tranquilo
Vivirá entre los brazos de su esposo.

TODO EL CORO.

Deidad del himeneo,
Deidad del amor casto,
Felices sean los vínculos,

Sean eternos los lazos
Que unen la tribu Santa
Á la de los soldados;
Y á la dulce hermosura
Al valor ha enlazado.

PRIMER BRAMA.

Id amigos de Idamor;
Id, oh preclaros guerreros,
Vuestras armas le acompañen
Hasta las aras del templo.
Vírjenes de Benarés
Llevad al esposo nuevo
La amable y jóven esposa;
Prosternados en el suelo
Del divino Santuario,
Nosotros esperarémos
Que la santa voz nos llame
Del sacerdote Supremo.

CORO.

Honor á la victoria,
Á la belleza honor,
Cantemos á su gloria,
Honremos su esplendor.



ACTO CUARTO.

ESCENA PRIMERA.

IDAMOR. ÁLVARO. GUERREROS.

Idam. ¿Me concede la gracia que le pido?
Alvar. Esploré los senderos de occidente
Por los palmares de la oculta vega
Hasta que el rio hácia las rocas vuelve;
Las grutas mas umbrosas examino,
Pero su oscuridad solo me ofrece
Tinieblas á la vista impenetrables.
Ó temió el que buscaba que pudiese
Descubrir por su aliento su retiro,
Ó curioso tal vez entre la plebe
Se hallaba ya cuando crucé las breñas.
Idam. Si temió que mi voto fuera aleve,
Si sospechó engañada su esperanza,
Si con un nombre solo destruyese
Mis designios mi amor, y presentando
El pecho á sus saetas...
Alvar. ¿Y no temes
Que el agudo penar en tu semblante
Lo que pasa en el pecho les revele?
Idam. Quizás vano sufrir al alma aqueja,
Tal vez Zares oculto permanece:
Temió ser descubierto en tu pesquisa,
Pero la voz de un hijo no se teme.
Yo partiré á buscarlo...
Alvar. ¿Mas qué intentas?
La tribu de guerreros ya no puedes
Ni un punto abandonar que al fiel esposo
Circunda coronada de laureles.
Idam. ¡Gloria importuna, amigo, honor infausto
Que en vil esclavo al vencedor convierte!

Maldigo tu dorada servidumbre.
Me quedaré... Mas como, si me vencen
La inquietud, la zozobra... ¡ Oh si pudiera
Detener infeliz la hora solemne
De tal felicidad! Cuan codicioso
Este grato momento el pecho ardiente,
Anhelante esperaba, apasionado
¡ Oh instante de terror!

Alvar. Así la suerte
Pensé en vano humillar en otros climas.
El proceloso mar en vano estiende
Entre los dos sus espumantes ondas;
Que al fin hirió la cólera celeste
El pecho de mi amigo — ¡ Desgraciado!

Idam. Esos remordimientos me estremecen,
Deja el crímen á mí que todo es mio.
¡ Cuanto celoso orgullo el pecho hiende,
Cuanta dura venganza del que osado
Abandonó su techo y su projenie
Por alcanzar grandeza! y en su altura,
Si á conocerle llegan ¿ no perece?
Cúmplase mi destino... Mas mi padre...
Oh, Zares. — ¡Oh justicia omnipotente!
Él espía una culpa que no es suya:
Y yo, mas quien se acerca... Nealia viene
¿Y ha de ser ominosa á la infelice
Esa banda nupcial que orla su frente?

ESCENA II.

IDAMOR. NEALIA. ÁLVARO. GUERREROS. SACERDOTISAS.

Nealia. ¿Por qué apartas de mí tu pesadumbre?
El público homenaje de las jentes,
Sus armas, sus emblemas, los festones
De ricas flores que en tu prez suspenden
Tus ojos colman de temor y llanto.
Si algun pesar secreto te oprimiese
Yo respetára humilde tu infortunio;
Y si indiscreta anhelo conocerle

Es, Idamor, para buscarle alivio.
Idam. Nealia, dulce esposa, ¿está tu mente
De algun piadoso error ya desprendida?
¿Cuando al mandato de tu padre cedes,
Vacilarás al pie de los altares
Por un nuevo terror?
Nealia. No injusto esperes,
Aunque tu voz calmase mi conciencia,
Que ni un solo recuerdo al pecho quede
De aquellos dogmas que aprendió en la infancia;
Respeta el corazon, pero repele
A la verdad de sí; y á sus creencias
La habitual costumbre le somete.
Si el corazon no se halla convencido
Ama y se entrega á tí; el Dios clemente,
Que á mí me abre los brazos te los cierra.
¿Cómo he de ser feliz si no lo eres?
Idam. Y si el destierro acaso ya acercase
Los graves infortunios que así temes,
Ó si esta noche misma... Ah ¿tú pudieras
Huir sola conmigo, desprenderte
De los encantos de tu hermosa vida...?
Nealia. ¡Como! ¡esta misma noche! Ya previenes
Los odiosos vestidos de esa raza
En vez de nupcial ropa... Ya no tiene
Un asilo la frente de tu esposa...
¡Cruel!
Idam. Desesperados pedir deben
Mis labios vergonzosa negativa.
¡Objeto noble de mi amor vehemente!
Tu patria celestial yo te he robado,
¿Te arrancaré tambien de la terrestre?
Harto me amaste ya: de mi destino
Las tinieblas repulsa. Aborrecerme
Nunca tanto podrás cual me aborrezco;
Es tiempo todavía. Los crueles
Lazos de este himeneo aquí se rompan...
Nealia. ¿Cuándo partimos? Nada me detiene.
Idam. No, no debo aceptar tu sacrificio.
Mi honor tanto holocausto no consiente.

No merezco tu amor ni tu ternura,
Oh mi padre.

Nealia. ¡Y el mio!

Idam. Á los dinteles
Del templo salen ya los sacerdotes;
Te separa Álvaro, y ya comience
Con el rito mi lucha y mi agonía.
Vijila por tu amigo.

ESCENA III.

LOS PRECEDENTES. AKEBAR. BRAMAS *con el fuego sagrado y las primicias. Dos salen armados con hachas.*

Akeb. (*Desde la escalinata del templo.*)
Si imprudente
Algun réprobo vil profanar osa
Este santo recinto halle la muerte.
(*Baja á la escena.*)
Antorchas de las ciencias, sacerdotes
Que mi voz escuchais; combatientes,
Brazos vivos de Dios, cuyas espadas
Los altos dogmas y el altar defienden;
Y vosotros tambien por cuya industria
Recibe nuestra patria ricas mieses,
Pueblo que al númen bello simulacro
De la triple unidad viviendo ofrece,
El instante llegó de que al guerrero
Una augusta alianza recompense.
Brama inflamó su pecho en los peligros
Para que como escudo nos cubriese.
Las cristianas falanjes, por su brazo
Rotas se vieron ya; rotas las heces
De indianos enemigos; sus proezas
Cólmense de tributos resplendentes.
Sobre el libro de vida me ha jurado
Mis consejos seguir cual ley perenne.
El pueblo es de su fé depositario,
Acercaos mis hijos; por mis preces
La doble bendicion os den los cielos

Que el padre y el Pontífice os conceden.
(*Idamor y Nealia se arrodillan; los demas se prosternan.*)

CORO.

Viva Akebar, hasta la edad postrera,
Y los siglos celebren su piedad;
Que unió la tribu Santa á la guerrera,
Y al valor la beldad.

Akeb. Astro brillante de do nace el dia;
Ganjes divino, númenes campestres
Brama, esperanza al bueno, al malo espanto,
Acojed, oh Deidades, induljentes...

ESCENA IV.

LOS PRECEDENTES. EMPSAEL.

Emps. Deteneos: ¿Qué he visto? ¡Yo desmayo!
Akeb. Prosigue.
Emps. Un Pária profanó este asilo...
Akeb. ¿Qué escucho?
Idam. Padre.
Alvar. Amigo.
Nealia. Esposo.
Akeb. ¿Y cuál es?
Emps. Al bajar al sacro rio
Con las urnas de santas libaciones,
Se presenta un anciano y afligido
Y pálido pregunta si acabaron
Del himeneo los augustos ritos:
Oye que sí, se turba, y lanza al cielo
Con encendidos ojos cien jemidos:
El nombre de su tribu da á los labios;
Arrójase á mis pies, yo me retiro
De su impuro contacto; y él vertiendo
Profuso lloro pide el esterminio...
Idam. ¡Prosigue!
Emps. Estaba inerme en aquel punto.
Mandé que le apresáran; aquí mismo

Confesará á vosotros sus maldades
Para que al pie del ara dé el impío
Bajo el hacha de Dios su sangre toda,
Y á la llama sagrada torne el brillo
Que su hálito empañó. Mas ya se acerca.

Idam. Él es.

Nealia. Yo tiemblo.

Akeb. Criminal delirio!

ESCENA V.

LOS PRECEDENTES. ZARES.

Zares. ¿Á dónde me llevais? ¿por qué negarme
Con piadosa crueldad el don que os pido?
¡La Muerte! ¿Mas qué veo? ¿Qué secreto
Me quereis arrancar? Todo lo he dicho,
No tengo compañeros, estoy solo,
De gracia concededme ya el suplicio.

Akeb. Ahogad sus voces con el crudo hierro
Y acaben los lamentos del proscripto.

Idam. ¡Horroroso mandato!

Nealia. (*Deteniéndole.*) Idamor...

Alvar. Oye,
Tú que de Dios penetras los designios,
Y su verdad sagrada difundiste
Con tu palabra docta, el homicidio
Manchára tu pureza; que ese anciano
Es hombre cual nosotros.

Akeb. ¿Él?

Alvar. Benigno
Suspende, ó Akebar, esa sentencia
Que su sangre no manche este recinto.
¿Anheláras venganza? ¡No! eres grande.
Si el estado reclama yo me inclino
Que hasta la injusta ley ha de cumplirse;
Mas su edad, su demencia, compasivo
Mira gran Sacerdote y le perdona.

Nealia. Gracia. (*Timidamente.*)

Idam. Perdon.

Akeb. (*Indignado.*) ¿Perdon, tambien mis hijos?
Heridle, yo lo mando.
Idam. Nadie mueva
Contra el anciano el acerado filo.
Akeb. ¡Perezca! ¡Muera el Pária!
Idam. (*Anteponiéndose á Zares.*) Este es mi padre
Y ha de inmolarse si quereis conmigo.
Akeb. ¿Qué dijiste?
Idam. La sangre que reclamas
Es la misma que pródigo he vertido
Combatiendo por tí; no se derrame
En la fuente que helar plugo al destino,
Corra la mia en espantosa ofrenda,
De tus altares holocausto digno.
Nealia. (*Cayendo desvanecida en brazos de las Sacerdotisas.*)
¡Sostenedme!
Zares. Mio solo sea el castigo.
Idam. ¡Oh padre!
Zares. Yo adalid no te conozco.
Idam. Creedme, él es mi padre. Su martirio,
Su palidez, sus lágrimas, su abrazo,
¡Oh padre! herid, herid el pecho mio.
Akeb. (*A las Sacerdotisas.*)
Separad esa víctima inocente.
(*Se llevan á Nealia.*)
No manchó vil amor su pecho altivo.
Inocente es mi hija que ignoraba
El espantoso error en que he caido.
Mas tú... Mi corazon se enciende en ira.
Eres tú, miserable, Idamor mismo...
Idam. Acaba. Sí, soy Pária; ¿mas no debe
Su existencia el estado á mi delito?
Yo bajé de los montes cuando al yugo
Ya inclinaban las frentes vuestras tribus;
Mi brazo le rompió, mi brazo solo
Que fulminaba audaz en los conflictos;
Siempre me alzé entre tí y entre la muerte,
¿No arrojé yo de vuestro hogar querido,
Oh pueblos, la violencia? ¿no lanzaban

Mis ojos en encuentros atrevidos
A los cristianos el terror profundo,
Que os trajeron sus nombres al oido?
Y cuando yo á los bramas defendia
Ellos con sus cenizas y cilicios,
Rezaban por el pueblo, abandonando
Su seno empero al matador cuchillo.

Akeb. Tú le oyes, Brama, ¿y el ardiente rayo,
Que descansa á tus pies adormecido,
No encienden tales voces? Sus blasfemias
Castigarán piadosos tus ministros;
Tu silencio lo ordena. Defensores
Valientes del estado, fuera indigno
Vuestro jefe inmolar á mi venganza:
Ese derecho sacrosanto pido,
Partir con los ancianos. Que el consejo
Pueda mostrarse al reo compasivo;
Y declarémos si las justas leyes
Han de postrarse ante un audaz caudillo,
Ó si ha de responder con su cabeza
Ante las justas leyes que ha ofendido.

Alvar. ¿Y entre vosotros, bravos vencedores,
No tiene ya Idamor un solo amigo?

Zares. Insensibles vereis hoy su cadalso
Vosotros que sus glorias habeis visto.

Idam. Yo lo esperaba así. Mas los ingratos
No darán mi memoria al triste olvido.
(*A Zares.*)
Mis hazañas gravitan en sus pechos,
Respetaros sabrán. Su miedo inícuo
Me ha de sobrevivir; su amor qué importa,
Justo será que muera si no vivo.
Partamos.

Alvar. Pero yo no te abandono.

ESCENA VI.

AKEBAR. GUERREROS. BRAMAS. PUEBLO.

Akeb Del profanado bosque permitido
No les sea salir; entre sus troncos

Permanezcan los pérfidos cautivos.
(*Una parte de los bramas y de los guerreros siguen á Idamor.*)
Si mañana las aves devoraran
Sus cuerpos yertos en el bosque umbrío:
Consumid con las llamas sacerdotes
El follage que cubre á los precitos:
Purificad el aire y borrad luego
Las huellas que dejaron al camino.
¿Sabeis el anatema, ó combatientes,
Que os seguirá si no os mostrais sumisos?
Tiemblen jefe ó soldado si no acatan
El fallo que sentencia al enemigo.
Al destierro consagro sus cabezas,
Sus miembros á la muerte y al martirio,
El fuego apagaré que antes calmaba
En el paterno hogar su hambre y su frio;
Le negarán los templos el refujio.
Abominables, viles, y malditos
Como los Párias crucen el desierto
Hasta que el ánjel santo de esterminio
Los lleve á Dios á recibir sentencia
Y al hondo caigan del ardiente abismo.

ESCENA VII.

BRAMAS. GUERREROS. PUEBLO.

PRIMER BRAMA.

Oh pueblos, vendrá el dia
De profundo terror;
Ya resuena de Brama
El ruidoso estridor;
Que ya para el castigo y la agonía
Pecadores os llama.

CORO DE BRAMAS.

Insólito estruendo
Los cielos conturba;

El juicio tremendo
Á los hombres turba.
Se acerca, oh! mortales,
El plazo fatal.

SEGUNDO BRAMA.

Han rasgado el espacio oscuras llamas;
Los elementos chocan con terror;
Un tenebroso velo
Se estiende por el cielo,
Tiembla la tierra herida de pavor.

EL PUEBLO.

Oh grande tormento,
Oh terror profundo,
Del juicio del mundo,
Del juicio final
Suena la señal.

UN BRAMA.

La señal sonó
De muerte y de guerra;
El viento bramó,
Que amaga á la tierra;
Y el estampido lúgubre del trueno
Rompe la dura malla y la loriga;
Los montes desraiga
Y en el Cenit anubla al sol sereno.

OTRO.

En vano os acojeis al Santo Templo
Que para eterno ejemplo
De que un pecador solo no se exima,
Anchas fauces la tierra abre en la sima
De cada rota grieta;
É inexorable y fuerte,
Oh míseros, la muerte
Vuestros cuellos sujeta:
Ni quedará recuerdo á vuestros males,

Infelices mortales,
Que fuísteis huella impresa en arenales.

EL PUEBLO.

Del tremendo juicio celestial
Suena ya la señal.

PRIMER BRAMA.

Sus órbitas ya rompen las esferas,
Chocando en los espacios;
El Occeano cual serpiente se alza,
Ruje cual tigre y rompe el valladar
Que á Dios plugo en su torno levantar:
Á los hombres ofrece horrible lecho
En su espumante pecho;
Y las olas inunda turbulentas
El fuego celestial de las tormentas;
En horror tan profundo
Ha de acabar el mundo.

UNA VOZ DEL PUEBLO.

Huyó mi yerta sangre al corazon.

OTRA.

Á tanto mal sucumbe mi razon.

SEGUNDO BRAMA.

Tú que poblaste el aire
De habitantes eternos;
Que los orbes fuljentes
Suspendiste, y el trueno;
Que fulminas el rayo,
Y prestas al sol fuego;
Tu voluntad divina
Enjendró al universo,
Mas para destruirle
Te bastará un momento.

TODO EL CORO.

Llegó el dia del terror,
Y del llanto iracundo;

No caben ya los aires
En la espaciosa bóveda del mundo:
Sobre la tierra, el fuego y el mar luchan,
Tus anatemas, Brama, ya se escuchan.

UN BRAMA.

Oid los gritos fúnebres;
Sus abismos abriera ya el infierno,
Y ya con voces lúgubres,
Abandonando su descanso eterno,
En las sombras se juntan
Los muertos, y unos á otros se preguntan.

UNA VOZ DEL PUEBLO.

Decid, no habrá perdon,
Oh sumo Sacerdote, compasion.

OTRA.

Pedid dones.

OTRA.

Ó sangre.

OTRA.

Ó sacrificios.

EL PRIMERO.

Sednos, dioses, propicios.

CORO DEL PUEBLO.

Decid qué penitencia,
Oh Sacerdotes, logrará clemencia.

PRIMER BRAMA.

Pedid la clemencia al Dios
Que sobre los tronos manda.

OTRO.

Junto al trono justiciero,
Tiemble el brama y el guerrero.

OTRO.

Solo entrará felice
Al eterno verjel,
El que nuestra indijencia
Se prestó á socorrer;
El que nuestra justicia
Sigue humillado y fiel,
Sin juzgar si es venganza
Ó si justicia fué;
Y su razon humilla
Ante nuestro poder:
Ese entrará felice
Al eterno verjel.

PRIMER BRAMA.

Publicará su gloria
Concierto celestial,
El coro de los ánjeles:
Venid, venid dirá,
Venid, oh bien amados,
Hijos del Dios de paz.
Con perfumados vinos,
Y con celeste pan,
Y con frutos que el mundo
No alcanza á imajinar
De inefables delicias,
Las almas inundad,
Y gocen los sentidos
De alimento eternal.

CORO DEL PUEBLO.

Oh gloria sin igual.

SEGUNDO BRAMA.

Pero baje al infierno
El que á Dios no sirvió
Y en torrentes de llamas
O del hielo al rigor
Sobre aguzados filos
Llore su maldicion.

PRIMERA PARTE DEL CORO.

Oh prediccion horrible.

SEGUNDA PARTE DEL CORO.

Oh gloria sin igual.

PRIMER CORO.

Á los Bramas seguimos.

SEGUNDO CORO.

Seguimos sin dudar.

PRIMERO.

Ó crueles tormentos.

SEGUNDO.

Ó Gloria celestial.



ACTO QUINTO.

ESCENA PRIMERA

ÁLVARO.

Al tribunal sus jueces le admitieron,
La dicha de seguirle me robaron,
¿Á que mi humillacion, á que este lloro
Que mis mejillas humedece en vano? (*Contemplando una cruz que lleva suspendida al pecho.*)
Ó tú signo adorable del misterio
Cuyo fruto perdí, concede un rayo
De divina esperanza á mi flaqueza,
Que al consumar el Redentor humano
En la tierra el cruento sacrificio
Dejó al hombre esperanza en sus quebrantos.
Él que tambien sufrió verá mi pena;
Ábrame á mí tambien sus dulces brazos;
Concédame el amor de un padre tierno,
Apiádese de mí pues que adorarlo
Supo mi pecho fiel y oir la palabra
De paz y union que pronunció su labio;
Reforzad, ó Señor, aquel apoyo
Que doblegára mi pecar infando;
Yo no os pido los dias venturosos
Por el paterno hogar santificados:
Á tierras estranjeras doy mi cuerpo,
Pero ya que á Idamor solo adversarios
Y peligros rodean, permitidme
Que antes del sacrificio sanguinario
Le abrace y fortalezca y á la tumba
Le acompañe tambien hasta aplacaros.
Él se acerca seguido de sus guardias
¿Le habrán absuelto? ¡Oh Dios!

ESCENA II.

ÁLVARO. IDAMOR. GUERREROS.

Idam. (*A uno de ellos.*) El triste fallo
Ocultad á mi padre. No podría
Resistir tal suplicio el desgraciado.
Akebar nos permite que aquí venga.
Cumplid como los suyos mis mandatos
En mi hora postrimer.
Alvar. ¿No hay esperanza?
Idam. Voy á morir.
Alvar. ¿Y beneficios tantos
No calman su fiereza?
Idam. Akebar solo
Manda en su corazon. Si yo en el campo
Con el desnudo hierro defendiera
Mi propia causa viérasle que humano
El primero de todos me absolvia
Pálido y temeroso. Desarmado
¿Qué puedo Álvaro hacer? Sangre desea
Ébrio en mi sangre pues duerma el tirano.
Alvar. Mas el soberbio se dignó escucharte
Y yo esperé que al héroe malhadado
Á quien su Salvador llamaba un dia
La piedad concediese.
Idam. Lo estorbaron
Su orgullo y sus recuerdos de projenie.
De criminal amor han inculpado
Los sacerdotes fieros ó su hija,
Él sospecha tambien que los arcanos
De mi estirpe Nealia no ignoraba.
Víctima del poder que un pueblo vano
Á su virtud confía, se lamenta
De la triste equidad de los ancianos:
Mi silencio suspende de su hija,
La sentencia cruel; y... otro mas caro
Premio queda ademas á mi silencio;
La vida de mi padre. Por entrambos

¿Qué no osára yo hacer? Fuí al Consejo,
Hablé cual habla el jefe á sus soldados
«No haya gracia, justicia dije altivo,
»Mi recompensa ó mi suplicio aguardo;
»Concededme la vida de mi padre
»Tomad la mia en justo desagravio."
Conmovió mi palabra su firmeza,
Causábales rubor el ser humanos;
Y en los ojos del sumo Sacerdote
Fuerza buscaban y venganza hallaron.
Si inmola á su rival ¿qué han de importarle
Los sollozos de un hombre desdichado?
Fué el Sacerdote fiel á su promesa.
De mi padre infeliz disculpó el llanto
Y le ofreció la gracia; á mí te he dicho
Que á ignominiosa muerte destinaron.

Alvar. ¿Qué será de Zares si á tí te pierde?
¿Quién ha de consolar al solitario?

Idam. Pues qué ¿no quedas tú?

Alvar. No soy su hijo.

Idam. Libre queda oh amigo y yo te encargo
Que la herencia recojas del cariño
Que yo debo á mi padre.

Alvar. Tu legado
Acepta mi amistad. ¡Ah! que en mi pecho
Busque el triste su paz y su descanso;
En él vierta el raudal de sus dolores;
¿Mas quién á mí me volverá un hermano?

Idam. Huye de los lugares do se ostenten
Los miembros de mi cuerpo destrozado;
No esperes á la noche; parte luego;
Teme de mi amistad el vil contajio;
No podré guarecerte yo mañana.
Al acabar el dia, los heraldos
Anuncian ya mi fin con muerte infame
Por las piadosas tribus lapidado.

Alvar. ¿Abandonarte yo? ¿Cuando la afrenta
La venganza, el ultraje se hacinaron
En torno de mi amigo? No, no puedo;
Yo te consolaré; y el trance amargo

Mitigarán mi amor y mi constancia;
Tus ojos cerrar debo; y cuando el manto
De la noche desplegue sus tinieblas,
Yo te abriré un asilo con mis manos;
Burlaré la atencion de los vijías
Y esta furtiva honra ¿quién osado
Fuera á rendirte aqui?

Idam. Poco me curo
De que el yerto cadáver con su pasto
Cebe á las aves que los aires cruzan,
Ó en flamíjera pira devorado,
Sea con solemne pompa, ó den al viento
Los despojos de aquel por quien triunfaron.
Podrá venir el dia en que retornen
Del fondo de Occidente los cristianos:
Yo invoco sus espadas vengadoras:
Ellas saldrán del seno del Ocaso
Que ya vieron, las índicas riquezas,
Y han de inundar las costas do lidiaron.
Vengan cual los insectos venenosos;
El Ganjes sea testigo á sus estragos;
Y sus armas conviertan en arena
De eterno batallar los yermos campos.
Enarbolen la cruz en las murallas;
Nuestros dioses derriben con espanto;
Y barran para siempre á los cobardes
Que esas diademas llevan por ornato;
Y por último á Dios, por despedida,
Dejen cenizas, cuerpos calcinados,
Muerte y desolacion. Si crudas penas
Me reserva el destino allá en los antros
Y lóbregas cavernas de la muerte,
Yo olvidaré mi mal, huirá mi llanto
Al contemplar con gozo los tormentos
Que este pueblo desgarren.

Alvar. ¡Voto airado!
Si injusta para el hombre fué su patria,
Ámela á su pesar y nunca el daño
Para ella implore del benigno cielo.
Cuando el último instante ves cercano,

Sacude, Idamor mio, de tu alma
De ese resentimiento el grave fardo.
El rencor de tu pecho ¿por ventura
Hace mas dulce el horroroso paso?
Mi relijion enseña que el olvido
Calma la muerte; y con sus dogmas sábios
Al enemigo perdonar ordena;
Quien cumple este deber vence á los hados.
Idam. La paz baja á mi pecho en tu palabra;
De mi rencor arranca el velo aciago;
Una dulce esperanza me reanima
Y hasta lidiára ya por el estado.
Mas no... ya no veré mi fiel amigo,
Flotar los estandartes desplegados;
Ni oiré marcial clarin en las batallas;
Ni espugnaré castillo coronado;
Ni deponiendo el hierro en estas sombras
Entre banderas y armas y caballos
Descansaré en el seno de mi amada...
Jóven, valiente, rico celebrado
Yo siento en este trance que la vida
Brillaba para mí llena de encantos;
Me voy á separar de cuanto amaba
¡Dame fuerza, oh amigo! Y si el acaso
Te lleva un dia á la presencia augusta
De aquella á quien amé con ardor tanto,
De mi sangrienta cabellera parte
Y parte de las flores que angustiaron
Con su triste matiz el alma mia
Le lleva por memoria de su amado.
Dile... Pero viene mi padre... Su flaqueza
Respetemos y edad; no destruyamos
Su ilusion con tus lágrimas.

ESCENA III.

IDAMOR. ZARES. GUERREROS.

Zares. No era
Mi esperanza falaz. Que mitigado

Akebar me permite que te vea.
¿Te perdonó? Responde... Ya en sus brazos
Me estrecha aquel á quien lloré perdido
¿Me seguirás? ¿No es cierto? ¡Ah si me engaño!

Idam. Una vez ha de verme solo el pueblo.

Zares. ¿Y ese deber cumplido luego vamos?
Vamos sí de estos muros aunque el dia
Nos rehuse su luz; que si en mis manos
Puedo abrigar la tuya; si yo escucho
Tu voz junto á mi oido, no hay espanto
Para mi corazon; juvenil vida
Corre en mis venas solo á imajinarlo;
Ya he roto la cadena de los tiempos,
Ni el dolor ya me aqueja ni los años,
Y ardiendo el corazon en dulce fuego
Rejuvenecen mi alma tus halagos.
No arrastrará en tu pos un viejo débil,
Ni de ayudarle te daré el trabajo...

Idam. Quizá una vez necesiteis su apoyo...

Zares. No temas: ¡cuánto, oh cielos, me complazco
En las delicias gratas del viaje!
La fatiga del dia hará el descanso
De la noche mas dulce; hácia la cima
De nuestros montes con placer me lanzo,
Ya en gozosa ilusion; seré tu guía,
Conozco los senderos comarcanos,
Qué placer al sentarnos á la sombra
Que antes alcancé yo de alto arbolado.
Un poco mas arriba, en aquel sitio
Donde escuché tu nombre y tus aplausos,
Abrazarte podré; hora dichosa,
Valles de nuestra patria afortunados,
Donde corrió tu infancia entre sus flores,
No lloreis ya su ausencia. Al hogar sacro
Vuelve el hijo querido; vedle, jentes,
Vedle, que torna en triunfo, no liviano
Y débil muchachuelo, hombre robusto
Mi apoyo, mi consuelo, mi regalo.
¿No presientes la dicha que me espera?
¿No me ves ébrio, de placer colmado,

Oyendo de tu voz los dulces ecos,
Viendo tu aspecto en varonil retrato,
Dibujar á la mar, y menos bello,
Menos fuerte que tú, menos lozano,
Coronarse el palmar de hermosas flores,
Que planté al nacer tú, y deshojado
Por tu ausencia y marchito yace el triste?

Idam. (*Aparte.*) Yo cedo á la flaqueza... pugno en vano
Por resistir... ¡oh padre!

Zares. ¿Qué secretos
Son esos que á Zares no has revelado?
¿Tú niegas tu dolor al pecho mio?
¿Á tu padre temieras confiarlos?
No. Lloremos el bien que sacrificas.
Y esa vírjen... su amor y su recato
La hacen digna de tí...

Idam. ¡Cielos!

Zares. Su suerte
Debiera ser la tuya. Acompañados
De esa hermosa doncella ¡qué dichosos!
Pero logrará el tiempo consolarnos.
Vírjenes, nuestra tribu, virtuosas,
Guarda en su seno, tú mi fiel relato
Creerás sobre la tumba de tu madre.

Idam. Su memoria me ampare ¿y olvidados
Mis errores serán en nombre suyo?

Zares. Solo tú los recuerdas.

Idam. Vuestro abrazo
Me confirme este olvido venturoso.

Zares. (*Abrazándole.*)
Él te confirma lo que dice el labio.

ESCENA IV.

IDAMOR. ZARES. AKEBAR. EMPSAEL. GUERREROS.

Emps. (*Desde la escalinata del templo.*)
Ya se acaba la luz y el pueblo espera.

Idam. Pronto estoy.

Zares. ¿Me dejas tan temprano?

Idam. Ya os dije que es forzoso...

Zares. Me consuela
Que es por última vez.
Idam. ¡Última! Vamos.
(*Abraza de nuevo á su padre. Los guerreros le rodean y sale con Empsael.*)

ESCENA V.

ZARES. AKEBAR.

Akeb. Aléjate de aquí.
Zares. Sufrid la vista
Del anciano infeliz que consolaron
Los beneficios vuestros.
Akeb. Huye, digo,
Y por piedad de tí tambien lo mando.
Zares. Un momento no mas.
Akeb. Ni un solo instante.
Zares. Mas mi hijo...
Akeb. ¡Zares!
Zares. Aquí le aguardo.
Akeb. Vana esperanza.
Zares. ¿Tardará su vuelta?
Akeb. Nunca mas le verás.
Zares. ¿Cómo? Yo parto...
¿Adónde fué?
Akeb. Á morir.
Zares. ¿Y su silencio
Engañó mi terror? ¿Y me ha dejado
Para siempre Akebar? ¿Dónde ejecutan
Ese cruel suplicio... Con mis manos...
¡Ah! Yo le seguiré; piedad imploro...
Por ese Dios que adoras, por los santos
Altares do no alcanzan mis plegarias,
Por tí mismo, Akebar, por el sagrado
Y amoroso recuerdo de tu hija...
Akeb. (*Enternecido.*)
Por mi hija...
Zares. Al pueblo parte ¡oh soberano!
Tus ojos moverán los corazones,

Me volverán mi hijo. Ven, sigamos
Su sanguinaria huella. Los aceros
Depondrán á tu vista desarmados.
¿Y esta gracia rehusas? No me prives
De espirar con mi bien; juntos perdamos
La mísera existencia.

Akeb. ¡Dioses! ¡fuerza,
Fuerza para negar! No, no me es dado
Anular el juicio.

Zares. Mas si existen
Los dioses en el cielo, el mismo dardo
Que hoy traspasa mi alma, el amor tuyo
Desgarrará algun dia. Emponzoñado,
Pueda su hierro herirte á tí en tu hija;
Pueda ulcerar tu pecho y macerarlo;
Huya de tí el placer; y la grandeza
Nunca colme el abismo que zanjaron
Los males en tu alma. Pobre siempre
Y de inmensos tesoros circundado,
Solo, entre turbas viles de inferiores
Y del ferreo dolor eterno esclavo,
En la cumbre de toda tu opulencia
Llores cual lloro triste y desolado.

Akeb. Merced á mi palabra te perdono...
Pero viene Empsael...

Zares. ¡Cielos! (*Cae sobre un banco de césped sumerjido en su dolor.*)

ESCENA VI.

ZARES. AKEBAR. EMPSAEL.

Emps. Sonaron
Al verle gritos de ira y de alegría
En las masas del pueblo congregado
Pero llegó Idamor, noble, sereno,
Las jentes cual su príncipe apartando
Ó como si sus lauros y victorias
Presentase ante el mundo. A su costado
Álvaro se presenta, aquel cautivo

Que á tan indigno jefe toleramos.
Con culpable piedad se despedía
De Idamor, la sentencia dilatando,
Mientras este insultaba con su acento
La comitiva fúnebre. "¿Que brazo
Preguntaba de brama ó de guerrero
Codicia en el herir el primer rango?"
Y luego al descubrir los nobles muros
Que sus armas un dia ensangrentaron,
"Dadme, dijo, la muerte con las rocas
Adonde supe herir vuestros contrarios."
Así el pueblo se indigna; otro suplicio
Entre insultos preludia, amenazando
De Álvaro la existencia. Idamor para;
Receden á su vista los osados
Brazos empero mil dura venganza
Fulminan con fragmentos que arrancaron
A las breñosas rocas. Una nube
Oculta el sacrificio; mas rasgando
Su seno en breve instante, mil centellas
Silban junto á los reos. Denodado
Cubre á Álvaro su amigo, las heridas
Con fiero afan se disputaban ambos.
Sin cólera, sin odio, á cruda muerte
Álvaro, se consagra, himnos alzando
Al signo de su fé, con vista amante,
Con faz risueña y con sonoro canto.
Una gloriosa luz baña su frente,
Y espira hácia los cielos señalando.
Solo Idamor entonces casi yerto,
Aun levanta entre el fuego el rostro pálido,
Aun proteje á su amigo hasta que cae,
Cubriéndole su cuerpo mutilado.

Akeb. Ya no tengo rival y tengo hija.

Emps. Mas vino una mujer y los truncados
Miembros abraza de Idamor diciendo:
"Un misterio divino he profanado
Que yo amaba á Idamor y el himeneo
Rompí del Ganjes por amor humano."
Diciendo así la infiel busca y no encuentra

En el semblante de Idamor los rasgos
Que antes la cautivaban; y su velo
Y su cabello cubre el cuerpo amado.
Los bramas rodearon la culpable;
Señalad su destierro. El desacato
Condenan los del pueblo: á vos os lloran.
Vos temblareis tambien... Mas ya cercanos
Oigo sus gritos, vedlos; allí vienen.

ESCENA VII.

ZARES. AKEBAR. EMPSAEL. NEALIA. BRAMAS. GUERREROS. PUEBLO.

Akeb. Nealia.
Zares. (*Que se reanima gradualmente.*)
¿Y es así?
Akeb. ¿Y has reservado
(*Á Nealia.*)
Este oprobio, gran Dios, á mi projenie?
Tú, cuyos ojos huyen espantados
El mirar de los mios, dí ¿que quieres?
Nealia. (*Acercándose á Zares.*)
Padre.
Akeb. ¿Padre le llamas?
Zares. ¡Oh dictado
Que en ponzoña y en hiel baña mi alma!
Nealia. Sí, padre; tú lo fuiste cuando airados
A mi Idamor los cielos combatian;
Tú entenderás mi mal, ambos lloramos
Su pérdida insufrible; voy contigo
Á llorar al destierro. Le he privado
Del solo apoyo de su edad cansada
Y así le vuelvo cuanto bien alcanzo.
No sentireis lo poco que á vos quito;
Que vuestro corazon no está ligado
Con mortales pasiones á la tierra
Ni al mio se abrió nunca. Los humanos
Vínculos de ternura, os enojaban
Y mi amor filial os daba enfado·

Opulento, dichoso, enaltecido,
Sereis felice sin mi pobre amparo,
Mientras él necesita de mi apoyo:
Pues que á su noble hijo me he inmolado
Pueda su amante sombra consolarse;
Su amor á mí me dé con sus mandatos;
Que no tardará el dia en que reunidos
Los tres en mejor mundo nos veamos.
Yo lo siento.

Akeb. ¿Y tú sabes que existencia
Te prepara la muerte que has llamado?

Nealia. Si le veo, Señor, seré dichosa.
De vuestra vista por jamas me aparto.
Á Dios, dulces hermanas, á Dios patria,
(*Al Sumo Sacerdote.*)
Tu sentencia, Señor, solo esperamos.

Akeb. Oh ternura, ó deber, á cual escucho
(*Despues de un momento de silencio.*)
Al destierro Nealia te consagro,
Huye; la humanidad de sí te arroja;
Sígante el abandono y el quebranto.
Yo te maldigo... y lloro á pesar mio.

Nealia. (*Á Zares.*)
Ya es tiempo de partir mi padre, huyamos
En medio de la noche una doncella
Mal os puede guiar. Van á lanzarnos
Si pronto no partimos de estos sitios.

Zares. (*Mira un instante á Nealia y la abraza; despues mira á Akebar y le dice.*)
¡Pontífice! ¡hay un Dios y está mirando!
(*Se retira sostenido por Nealia. El pueblo se aleja para abrirles paso. Akebar apoya la cabeza en la estátua de Brama y queda sumerjido en el dolor.*)